

Selección



CLARK CARRADOS

COMPRADORA DE VIDAS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

COMPRADORA DE VIDAS

SOLO MAYORES

CLARK CARRADOS

COMPRADORAS DE VIDAS

Colección SELECCION TERROR n.º 445
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

440 — *Juegos de cementerio* Lou Carrigan
441 — *Tratamiento diabólico* - Clifford Hilton
442 — *Las brujas de Woodsville* - Adam Surray
443 — *La casa del gigante* - Clark Carrados
444 — *Viaje al infierno* - Ada Coretti

ISBN 84-02-025064 Depósito legal: B. 23.851-1981
Impreso en España - Printed in Spain 1.a edición: septiembre, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N- 152, Km 21,650)
Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Sentíase sumamente confortable en aquella situación, arrellenado en la mullida butaca, junto al fuego y con un libro en las manos. Fuera, la lluvia caía mansamente, pero también sin interrupción desde hacía mucho rato. Para Norman Shearer, era una especie de paraíso, después de tantos meses de furioso ajetreo.

La chimenea era grande y en ella ardían dos o tres buenos troncos, cuyas llamas danzaban alegremente y prestaban una cálida nota de color al ambiente. Shearer no era un misógino precisamente, pero en aquellos momentos no echaba en falta la compañía de una mujer.

En todo caso, le faltaba un perro, tendido a sus pies, dormitando sobre la alfombra de gruesas pieles. Pero no pensaba tener uno durante la temporada de retiro que pensaba pasar en aquellos parajes.

Leyó un par de páginas y tomó algunas anotaciones. Un poco cansado y deseando liberar la mente de preocupaciones, dejó el libro a un lado, buscó la pipa y empezó a llenar la cazoleta con el tabaco de la bolsita que tenía al alcance de su mano.

Entonces fue cuando llamaron a la puerta.

Shearer irguió el torso.

Se preguntó quién podía ir a visitarle a semejantes horas de la noche. Aún no eran las diez, pero los caminos estaban intransitables y, además, llevaba poco tiempo en aquel lugar, por lo que no había tenido tiempo siquiera de entablar amistades.

Los golpes se repitieron. Dejando la pipa a un lado, Shearer se puso en pie y cruzó la amplia sala. Abrió la puerta y algo se le echó encima, sollozando y jadeando espasmódicamente.

—Por favor, ayúdeme...

Shearer se quedó como petrificado. Era una mujer, joven, bastante bonita, con el pelo suelto, completamente empapado y una viva expresión de terror en la mirada. Lo más sorprendente, sin embargo, era que estaba completamente desnuda, a excepción de unos zapatos llenos de barro.

Ella tiritaba de la cabeza a los pies. Shearer creyó adivinar que los temblores de aquel cuerpo tan atractivo eran debidos más al miedo que al frío.

Pero reaccionó en seguida; no podía permanecer eternamente con la puerta abierta y aquella joven que chorreaba agua en los brazos. Alargó una mano, dio un empujón a la puerta y luego pasó una mano por la cintura de la inesperada visitante.

—Venga por aquí —dijo—. Siéntese junto al fuego. Ahora buscaré algo para que se cubra...

Ella se dejó llevar sin protestar. Todavía seguía gimiendo, aunque parecía haberse calmado un tanto. Shearer la dejó junto a la chimenea, corrió a su dormitorio, buscó una manta y regresó a la sala, cubriendo con ella a la joven, de cuyos labios se escapó un apenas audible «gracias».

—Siéntese —dijo—. Voy a prepararle algo caliente.

Shearer se sentía terriblemente perplejo. No tenía la menor idea de lo que había impulsado a la joven a lanzarse desnuda a través de la noche. Ella se lo explicaría después, supuso.

Fue a la cocina y puso agua a calentar. A continuación, se dirigió al baño, cogió una toalla grande y volvió de nuevo a la sala. Arrodillándose frente a la joven, le quitó los zapatos y le enjugó los pies. Ella le dirigió una mirada de gratitud.

—No sé qué decirle...

—No me diga nada ahora —sonrió Shearer—. Luego me lo explicará todo, si lo cree conveniente.

—Me llamo Rheba... Rheba Cheadlin...

—Encantado. Yo soy Norman Shearer.

Terminó de secarle los pies y le dejó la toalla para que se enjugara los todavía mojados cabellos. Shearer volvió a la cocina.

Puso el café en el agua hirviente y luego llenó una taza, a la que añadió un chorrito de whisky.

—Esto la entonará —sonrió, al entregarle la taza.

Rheba sacó una mano a través de la manta que cubría su desnudez. Los colores empezaron a retornar lentamente a su rostro a los pocos momentos.

—Ya..., ya me encuentro un poco mejor —dijo sonriendo.

—Bien, ahora habrá que pensar en hacer algo. Usted, sin duda, debe de vivir por alguna parte, cerca de mi casa...

Shearer se calló. Alguien llamaba a la puerta.

Fueron tres o cuatro golpes secos, contundentes. Shearer se volvió, mientras Rheba se encogía aterrada en la butaca.

Llamaron de nuevo. Shearer se decidió a abrir.

Hizo girar la puerta. Instintivamente, dio un paso atrás.

El hombre era alto, muy alto, metro noventa y cinco por lo menos, calculó. Vestía un impermeable negro, que chorreaba agua, y llevaba un sombrero de hule, de anchas alas, las cuales se inclinaban hacia adelante, proyectando negras sombras sobre su rostro de afilados rasgos. Pero lo que más le impresionó a Shearer fueron los ojos del desconocido.

Parecía como si la cabeza estuviese hueca y en su interior hubiese una luz roja, que emergía a través de las pupilas. «El hombre de

los ojos de fuego», pensó.
—Buenas noches —saludó el desconocido cortésmente—. Vengo a preguntar si ha visto... Ah, sí, la ha visto. Estás ahí.
—¿Se refiere a la señorita Cheadlin, señor? —preguntó Shearer.
—Sí. He venido a llevármela.
Shearer se volvió hacia la muchacha.
—¿Quiere irse con él, Rheba?
Ella se puso en pie. Parecía hipnotizada.
—Sí —contestó tenuemente.
Los zapatos estaban junto al fuego y Shearer se los puso en la mano. Rheba se los calzó y luego echó a andar hacia la puerta, en cuyo umbral permanecía el desconocido, insensible al agua que continuaba cayendo sin cesar.
—Adiós, Norman —se despidió ella—. Gracias por todo.

Shearer frunció el ceño.
—Le ha sucedido algo —manifestó—. ¿Puede decirme qué es, señor?
—Tiene los nervios alterados y está en período de cura en mi casa —respondió el sujeto—. Soy Robur Crawford —se presentó.
—No he oído su nombre en la vecindad...
—Vivo en la casa de Smoky Hill. ¿Ha estado allí, señor Shearer?
—No, ni siquiera sé cómo llegar hasta aquel lugar.
—Venga a verme cuando guste —invitó Crawford—. Vamos, Rheba, tengo el coche muy cerca.
La joven salió, todavía con la manta puesta. Crawford giró la cabeza un instante.
—Le devolveré la manta, señor Shearer.
—Gracias.
Crawford y Rheba avanzaron bajo la lluvia. De pronto, parecieron fundirse con la oscuridad. Shearer pensó que habían desaparecido instantáneamente, pero pronto se dio cuenta de que, en realidad, habían salido del trozo iluminado por la luz que salía a través de la puerta.
Cerró lentamente, intrigado por aquel incidente. Buscó la pipa y la encendió, mientras pensaba en los ojos de fuego de Crawford.
De pronto, halló la explicación. No eran los ojos de un ser infernal, como había pensado un momento, sino que, dada su posición, las pupilas reflejaban la luz de las llamas de la chimenea. Pero el efecto, reconoció, había sido aterrador.
Luego dirigió sus pensamientos a Rheba.
—Pobre muchacha... Tan joven y ya enferma de los nervios... Espero que se cure pronto
—deseó.

La mujer estaba tendida en el lecho y se agitaba nerviosamente, a la vez que pronunciaba palabras incoherentes.

—No puedo más... Robur, pronto... Ven, ven pronto...

El dormitorio era grande, lujoso, y ella estaba desnuda sobre el lecho. Aparentaba unos treinta años y tenía el pelo completamente negro y muy largo. De haber estado en pie, se habría visto que le llegaba hasta la cintura.

Prácticamente, el pelo era la única nota de color en su figura. Incluso los labios aparecían desprovistos de la natural coloración, aunque, desde luego, no eran tan blancos como la epidermis, que se confundía con las sabanas sobre las cuales yacía.

Los ojos estaban cerrados, pero los labios se movían continuamente, emitiendo gemidos que expresaban claramente la agonía que la poseía.

—Robur..., me muero...

Pronto, no te demores...

La puerta del dormitorio se abrió de par en par. Crawford apareció, empujando una gran mesa con ruedas, sobre la cual se veía el cuerpo de Rheba.

La joven estaba inconsciente y no se enteraba de lo que le sucedía. Fuertes correas la sujetaban a la mesa, que era semejante a la de un quirófano. Había una especie de suple mento, en donde se veían algunos aparatos. Crawford dirigió una mirada a la otra mujer.

—Un poco de paciencia, Alitha... Se me escapó y tuve que perseguirla a través de la oscuridad... Hace una noche infernal.

—No hables. Empieza, empieza...

—Sí, querida, ahora mismo.

Crawford empezó a manipular en los aparatos. Momentos después, un tubo de goma transparente unía los brazos de las dos mujeres. Luego conectó la diminuta bomba que permitiría la transfusión de sangre.

Transcurrieron unos minutos. Al cuarto de hora, empezó a notarse en la enferma una asombrosa transformación.

Su piel empezó a tomar color. Los labios se tornaron rojos naturalmente. Abrió los ojos, en los que ya se percibía el brillo de la vida. Sonrió y sus dientes se vieron blanquísimos, perfectos.

—Empiezo a revivir —declaró.

—Pronto estarás bien del todo, querida —aseguró Crawford, con la vista fija en los aparatos de control.

Al otro lado de la cama, había un gran recipiente de vidrio, en el que caía la sangre en diminutos hilos, procedente del tobillo izquierdo de Alitha. Mientras en ésta se observaba una sorprendente reacción, Rheba palidecía más y más por momentos.

—¿Será definitivo, Robur? —preguntó Alitha al cabo de unos momentos. Crawford hizo un gesto negativo.

—No, desgraciadamente, no puedo darte esperanzas Me es absolutamente imposible vaciar tu cuerpo de la totalidad de la sangre, hasta la última microscópica gota. La única esperanza consiste en que los anticuerpos de Rheba puedan vencer a tu enfermedad,

—¿Y si no es así...?

—Tendremos que probar de nuevo.

—¿Cuándo, Robur?

—Aproximadamente, dentro de cuatro meses.

—Es decir, a partir de ahora, tendré tres de plena normalidad.

—Garantizado, Alitha.

Ella lanzó un profundo suspiro de alegría.
—Tres meses maravillosos... Los aprovecharé hasta el máximo, hasta apurar el último minuto...
—Pero no puedes marcharte inmediatamente. Has de dejar pasar una semana para recobrar fuerzas —advirtió él.
—No importa. Una semana y luego...
Crawford se acercó a Rheba y le tomó el pulso. Alitha volvió la cabeza.
—¿Falta mucho? —inquirió.
—Estamos acabando —respondió él.
Transcurrieron algunos minutos. Crawford desconectó la bomba. Luego quitó, sucesivamente, las dos agujas que estaban introducidas en las venas de Alitha. Desinfectó los pinchazos y los cubrió con unas tiras de cinta adhesiva estéril. Alitha se incorporó sobre un codo.
—Parece como si hubiera resucitado...
Miró a la otra mujer, que yacía inmóvil sobre la mesa. —¿Cómo está ella? Crawford emitió una maldición en voz baja.
—¿Qué has dicho, Robur? —insistió Alitha.
—¿Cómo diablos quieres que esté, después de haberle sacado casi cuatro litros de sangre? —respondió Crawford malhumoradamente—. ¡Ha muerto! Alitha soltó una carcajada de júbilo.
—¡Pero yo estoy viva! —exclamó.

CAPITULO II

Shearer detuvo la bicicleta dos días más tarde, en un punto desde donde se divisaba un extenso panorama. No se había fijado hasta entonces, pero ahora contempló con deteni- miento la casa que se alzaba sobre la loma de suaves laderas, a unos mil metros de distancia.

Algunas humaredas surgían de los alrededores de la casa. Shearer sabía ahora que en aquellos parajes había manantiales de agua muy caliente, aunque no géiseres como en el Parque de Yellowstone. Desde allí, incluso, podía ver una gran charca de lodo, en cuya superficie estallaban con sordos chasquidos, a la vez que despedían humos en los que predominaba el olor a sulfuroso.

El lugar merecía su nombre: Smoky Hill, la Colina Humeante. A veces, los gases formaban nubes que casi cubrían la casa, antigua, de piedra y de dos plantas. Se preguntó quién podría haber tenido el capricho de levantar una residencia en aquellos parajes.

La lluvia había cesado el día anterior y ahora lucía un sol espléndido, en un cielo sin nubes. Al cabo de unos momentos, Shearer volvió a montar y reanudó el pedaleo.

Tenía el coche en el cobertizo de la casa, pero prefería usar la bicicleta, a fin de no enmohecerse. A fin de cuentas, Stallman estaba solamente a unos cinco kilómetros de distancia y no había pendientes apreciables en el camino.

Llegó al pueblo y lo primero que hizo fue recoger el correo, que había encomendado se lo enviasen allí. Después
fue al almacén donde solía hacer la compra. Necesitaba provisiones y quería hacer el pedido.

El dueño, Bill Danroe, era un hombre de unos cuarenta años, fornido, sanguíneo, jovial, y le atendió con gran amabilidad.

—Será un placer servirle, profesor —dijo.

—No ejerzo ahora como tal, Bill —contestó el joven.

—Bueno, pero es doctor o algo por el estilo, ¿no?

Había una mujer en la tienda y aguzó el oído.

—¿Doctor? Oh, si fuese tan amable de examinarme la garganta...

—solicitó—. Hace tiempo que tengo unos picores que no se me van con nada... El médico de Stallman es una mula ignorante, con perdón...

Shearer sonrió cortésmente.

—Disculpe, señora, pero no soy médico. Mi doctorado es de una disciplina científica que no tiene nada que ver con la cura de

enfermedades. Soy doctor en Sociología y Psicología.

—Y eso... ¿no es medicina? —preguntó la buena mujer. Danroe se echó a reír.

—Anda, Emily, no molestes más al profesor. Ya te he dicho que no es médico. Págale a mi hermana y déjanos en paz.

La mujer se alejó refunfuñando. Danroe meneo la cabeza.

—En este pueblo, la ignorancia es norma —dijo—. Bueno, profesor, le enviaré el pedido inmediatamente.

Alguien movió una mano en el otro lado del almacén.

—Yo se lo llevaré, Bill —dijo la mujer joven que estaba allí—. Precisamente tengo que llevar también otro pedido a Smoky Hill.

—Está bien, Elsa. Ya lo ha oído, profesor; mi hermana le dejará todo en su casa.

—Gracias, Bill. Por cierto, he oído mencionar la casa que está en esa loma donde hay tantas fuentes medicinales...

—Ah, Smoky Hill. Sí, la construyó un chiflado hace muchos años. Quería montar un balneario, por lo visto, pero la cosa fracasó.

—Y tuvo que venderla —sonrió Shearer.

—No se sabe. Creo que la alquila, bueno, sus herederos. Ahora está ocupada por una pareja un tanto extraña... ¿Los conoce usted? Casi son vecinos suyos, profesor.

—A él sí le he visto. Y a su paciente también.

—Viven aquí con cierta regularidad. Están una temporada, cosa de un mes o mes y medio y luego sé marchan, para volver a los tres meses. Creo que él es médico, aunque, la verdad, no sé qué clase de tratamiento aplica a su paciente. En más de dos años, ya podría estar curada, creo yo.

—O muerta, Bill —sonrió Shearer.

Danroe se encogió de hombros.

—No se relacionan con la gente del pueblo ni vienen jamás por aquí, aunque, eso sí, son puntuales en el pago de sus cuentas.

—Lo cual no deja de tener su importancia —dijo Shearer—. Bien, Bill, tengo que marcharme. Dígale a su hermana que lleve la factura.

—Conforme, profesor.

Shearer salió, subió a la bicicleta y volvió a pedalear de regreso a su casa. Cuando faltaban apenas quinientos metros, vio una figura a pocos pasos de la carretera.

Era una mujer de elevada estatura y hermosa silueta, con el pelo

muy negro y vestida sencillamente. La cabellera estaba suelta y se agitaba a veces por la leve brisa que soplaba con rachas irregulares.

Shearer refrenó un tanto la marcha de su bicicleta. Miró a la mujer y ella le devolvió la mirada, a la vez que una tenue sonrisa dilataba sus labios. Por un momento, Shearer se sintió tentado de detenerse para intercambiar unas frases de cortesía con la hermosa desconocida, pero temió una repulsa y reanudó la marcha.

En la próxima curva, se volvió. Ya no pudo ver a la mujer. Había desaparecido.

«Si Rheba era la paciente de Crawford, ¿quién es esta otra mujer?», se preguntó.

* * *

Oyó el ruido del motor que se detenía ante la puerta y se apresuró a abrir. La camioneta estaba frente a su casa y su conductora se apeó ágilmente.

—¡Hola, profesor! —saludó Elsa—. ¡Le traigo su pedido!

—Muy bien, la ayudaré, señora Danroe.

—Mi apellido es el vulgarísimo y archicorriente de Smith —aclaró Elsa con una alegre carcajada—. Pertenezco desde hace dos años a la gloriosa y jamás vencida cofradía de las viudas.

Shearer se sorprendió de la respuesta.

—No parece lamentarlo mucho —comentó.

Elsa había bajado ya la compuerta posterior de la camioneta y cargaba con una pesada caja de madera.

—No se puede lamentar la pérdida de algo que no se aprecia —contestó desenfadadamente.

—Permítame —dijo él, apresurándose a aliviarle del peso de la caja

—Profesor, soy fuerte —rió ella.

—Pero es una mujer.

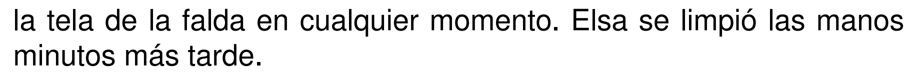
—Eso me pareció siempre.

Elsa cogió un segundo paquete y entró en la casa.

—Deje, yo acomodaré las provisiones, profesor.

En la cocina, se despojó de los guantes y el chaquetón forrado de piel con que se cubría. Inmediatamente, empezó a moverse. Shearer la contempló en silencio.

Era una mujer de unos treinta y dos años, cabellos castaños y figura exuberante. Aunque no era guapa, su rostro expresaba simpatía y vivacidad, lo que le daba un atractivo poco común. Una vez se inclinó para acomodar unos paquetes en un armario bajo, de espaldas a Shearer, y el joven sintió que se le secaba la boca al contemplar aquellas pomposas caderas, que parecían ir a reventar



la tela de la falda en cualquier momento. Elsa se limpió las manos minutos más tarde.

—Todo listo, profesor —exclamó.

—Ah, muchas gracias... La nota, por favor; le firmaré un cheque.

—Profesor, ¿le parece que haga un poco de café mientras tanto? —sugirió Elsa.

—Oh, discúlpeme, no había dado en ello.

—No se preocupe. Se lo llevaré a la sala.

—Gracias, Elsa.

Shearer tomó la factura y fue a su escritorio. Rellenó el cheque, regresó a la sala y esperó la llegada de Elsa.

La mujer hizo su aparición minutos después. Shearer apreció que se había soltado casi todos los botones de la blusa. El panorama de su escote resultaba verdaderamente fas- cinador.

—Elsa, ¿puedo hacerle una pregunta? —consultó.

—Todas las que quiera —accedió ella—. Empiece cuando guste, profesor.

—Se trata de..., de la gente de Smoky Hill. ¿Los conoce usted?

—No mucho. Suelo llevarles los pedidos de provisiones. Pagan puntualmente; al menos, en ese sentido, no tenemos queja.

—El es médico, ¿no?

—¿Crawford? Bueno, por lo menos, eso dice.

—¿Y ella?

—¿La señora Sinclair? Es su paciente. Debe de ser muy rica, para tener un médico particular. —Elsa soltó una risita burlona—. Aunque, a lo mejor, ¿quién sabe?, es algo más que médico.

—¿Usted cree?

—Como se suele decir, no pondría la mano en el fuego por su virtud. Pero no lo tome como afirmación, profesor. Considérelo más bien... un chisme, un comentario sin tras- cendencia... Además, hoy día ya no se da importancia a «eso», ¿verdad?

—Sí, los tiempos que corren son muy liberales —admitió Shearer sonriendo. Elsa paseó la vista por la sala.

—Y usted vive solo aquí...

—Estoy realizando un trabajo muy importante y pensé que me convendría una temporada en un lugar tranquilo y aislado.

—Pero debería venir una mujer a arreglarle la casa.

—Oh, no es necesario. Me las apaño yo solo sin dificultad. Los ojos de Elsa chispeaban.

—Tal vez no quiere... compromisos —opinó maliciosamente.

—Pues, si quiere que le diga la verdad, no había pensado en ese aspecto del problema. De pronto, Elsa abandonó la sala y se

asomó al dormitorio.
—La cama está muy mal hecha —objetó.
—La arreglaré a la noche, no se preocupe.
—¿Quiere que lo haga yo, profesor?
—Elsa, no se moleste, por favor...
Ella se volvió desde el umbral y sonrió de una forma peculiar.
—No sería ninguna molestia... después —dijo.
Shearer inspiró profundamente. ¿Debería darse por enterado de la insinuación que le hacía Elsa? ¿No habría problemas más tarde?
«A! diablo con los problemas», pensó, mientras avanzaba hacia ella. Rodeó su cintura con los brazos.
—La verdad, aunque la cama esté un poco desarreglada, me parece que no lo notaremos —dijo.
—Eso mismo pienso yo —convino Elsa ardorosamente.

*
*
*

Pasó largo tiempo antes de que ninguno de los dos hablase. Al fin, Elsa se incorporó un poco.
—¿Dónde tienes el tabaco. Norman?
—Tendrás que usar mi pipa. Fumo muy poco y nunca cigarrillos.
—Oh... Bueno, es lo mismo. Otro día que traiga el pedido incluiré un cartón de cigarrillos. Hombre, debieras tener para tus huéspedes...
—No recibo a nadie, Elsa.
—Nunca se sabe. Norman —rió ella—. Bien, imagino que estos momentos han procurado algo de alivio a la monotonía de tu vida. ¿No es así?
—Lo admito sin reservas —sonrió él.
—También yo tengo que elogiarte. Eres todo un hombre. Norman. ¿Soltero?
—Por ahora, no lo he podido remediar.
—Eres muy atractivo. Me extraña que no hayas conquistado una mujer joven, guapa y rica...
—Como la que vive en Smoky Hill.
Elsa torció el gesto.
—Si yo fuese hombre, no me la miraría a la cara. Y eso que es hermosa, pero...
—¿Qué, Elsa?
—Está enferma.
—¿Sabes lo que tiene?

Ella se encogió de hombros.
—Crawford no se lo cuenta a nadie. Lo único que puedo decirte es que vienen aquí periódicamente, cada dos o tres meses. Cuando llegan, ella está hecha una ruina, como si no tuviese una gota de sangre en las venas. Permanecen algunas semanas, cinco o seis y luego ella se repone hasta el extremo de parecer desconocida. Entonces se marchan... y así desde hace dos años.
—Curioso —observó él—. ¿Sabes dónde viven, cuando no están en Smoky Hill?
—Boston, pero no te lo puedo asegurar. ¿Piensas visitarles algún día?
—No se me había ocurrido. ¿Por qué iba a hacerlo, Elsa?
—Hombre, eres su vecino. Los vecinos hacen visitas de cortesía. Pero si vas allí, ten cuidado, sobre todo, por la noche. El camino es muy traicionero y podrías caer en un charco de lodo hirviente. Dicen que algunos de esos charcos no tienen fondo.
—Caramba, sí que debe de resultar peligroso ir allí —se asombró el joven.
—Mientras vayas de día... Norman, te lo digo sinceramente, si la casa fuese mía, no viviría allí por todo el oro del mundo.
—¿Por qué, Elsa?
—Algunos dicen que un día se hundirá en las ciénagas hirvientes. Se murmura que debajo de la casa hay un inmenso lago subterráneo, lleno de lodo al rojo vivo... Fantasías de la gente, sin embargo. A Alitha Sinclair y a su médico no parece preocuparles demasiado esa leyenda.
Shearer alzó las cejas.
—¿Has dicho Alitha? Creí que se llamaba Rheba —exclamó.
—Estás equivocado. El mismo Crawford me la presentó y dio ese nombre.
El joven entornó los ojos. ¿Quién era la muchacha que dos noches antes había acudido a su casa en demanda de ayuda?
—Elsa, ¿no hay otra mujer en Smoky Hill? —preguntó.
—No, en absoluto. Alitha es la única mujer que vive allí —respondió Elsa rotundamente.

CAPITULO III

Terminó de empaquetar sus cosas y se dispuso a cargarlas en el coche. Tenía que hacer un viaje a Boston, aunque confiaba que su ausencia sería de escasa duración. Elsa se encargaría de cuidar la casa durante los pocos días que iba a permanecer en la gran ciudad.

De pronto, llamaron a la puerta.

Shearer acudió a abrir, con el maletín de los documentos y la bolsa de viaje, todo en una mano. Segundos después, vio a una bonita joven en el umbral.

—Buenos días, señor —saludó ella—. Me llamo Audrey Lindsay y me agradaría hacerle unas preguntas, si no tiene inconveniente.

Shearer contempló el gran bolso que ella llevaba pendiente del hombro izquierdo. Era una joven de no más de veinticuatro años, de agradable silueta y cabellos muy rubios. Su rostro expresaba seriedad y decisión al mismo tiempo, pero sus facciones poseían un encanto y una frescura juveniles realmente atractivos.

—Muy bien, señorita, aunque le ruego sea breve. Debo partir inmediatamente hacia Boston... A decir verdad, si llega dos minutos tarde, ya no me habría encontrado aquí — manifestó sonriendo.

—No le demoraré mucho, se lo agradezco, señor...

—Shearer, Normán Shearer, señorita Lindsay.

—Gracias. Mis preguntas se refieren a una joven que vino a esta región hará unos seis meses. Se llamaba Molly Fenneth y, desde entonces, no se tienen noticias suyas.

—No conozco a esa dama, señorita —respondió él—. Es la primera vez que oigo su nombre.

—Pero tal vez pudo verla…

—Hace seis meses, yo no habitaba aún esta casa. El rostro de Audrey expresó decepción.

—¡Qué lástima! Creí que... En el pueblo me dijeron que usted, tal vez, podía darme informes de esa muchacha.

—Lo siento muchísimo, créame. Pero ¿qué le hace suponer que pudo venir a esta comarca?

—Tenemos una carta de ella, en que así lo manifiesta... Perdone, señor Shearer... Audrey abrió su bolso y sacó una billetera. El joven pudo ver una tarjeta, con el nombre de una agencia de investigación.

—Una mujer, detective privado —exclamó. Audrey sonrió.
—No soy ejemplar único —contestó.
—Disculpe. Creo que todavía soy un poco machista...
—No tiene importancia. De todos modos, muchas gracias, señor Shearer.
—Lamento no haber podido ayudarla, señorita Lindsay.
Audrey se marchó hacia su coche, estacionado a poca distancia. Antes de entrar, se volvió hacia él.
—Iré ahora a la casa de Smoky Hill —anunció.
—Creo que no hay nadie. Se marcharon hace una semana, aunque no pretendo ser infalible —respondió Shearer.
—De todos modos, iré. Gracias otra vez.
—¡Tenga cuidado con los charcos de lodo hirviente! —advirtió él. Audrey sonrió. Agitó una mano, dio el contacto y arrancó.
Shearer estuvo unos momentos inmóvil. Luego, de pronto, recordó que tenía prisa y echó a correr hacia su coche.

*
*
*

Era el último día de su estancia en Boston. Los contactos habían resultado altamente prometedores. Podía decir, sin temor a errar, que le sonreía el porvenir.
También pensó que necesitaba un poco de diversión. Una buena cena en un restaurante apropiado, una función de teatro...
—Pero no solo, claro.
Sabía quién podía hacerle compañía. Vio una cabina telefónica, entró y marcó un número. Alguien le informó que la dama por la que se interesaba, se había casado una semana antes y que estaba de luna de miel en el Caribe.
—¡Qué traidora! —se enojó—. Casarse así, de repente, sin decirme nada...
«¿Se lo habías propuesto tú, por casualidad?», pensó, mientras colgaba el teléfono. Pensativamente, sin saber qué hacer, salió de la cabina. Estaba tan distraído, que no vio a la dama que venía en dirección contraria, hasta que tropezó con ella.
—Oh, perdón —se disculpó.
Ella se tambaleó ligeramente. Confundido y avergonzado, Shearer

la sostuvo por un brazo.
—Discúlpeme, señora...
De pronto, ella lanzó una exclamación.
—¡Oiga, usted es...! ¡Claro, nuestro vecino Smoky Hill, cerca de Stallman!
Shearer contempló estupefacto a la mujer. Ella vestía con gran elegancia y ofrecía un aspecto rebosante de salud, plena de vitalidad y hermosura.
—Si, la he visto una vez... —dijo, todavía aturdido.
—Soy Alitha Sinclair. —Ella le tendió una mano finamente enguantada—. ¿Cómo está, profesor Shearer?
—No sé qué decirle, señora Sinclair...
—No me diga nada —rió ella—. La verdad es que estaba un poco delicada en los últimos tiempos, pero, afortunadamente, ya me he repuesto.
—No sabe cuánto lo celebro, señora...
—¿Por qué no lo celebra en mi casa? Vivo a poca distancia y me agradaría mucho invitarle a una copa. Si no tiene compromisos, profesor.
—Afortunadamente, ninguno, señora Sinclair. Alitha se colgó desenvueltamente de su brazo.
—Entonces, venga conmigo —dijo con jovial acento.
Shearer tuvo que invertir su ruta, pero no le importó en absoluto. Hechizado por la belleza de la mujer que llevaba al lado, no se percató de que dos ojos les contemplaban desde prudente distancia y con infinita atención.
«¿Adónde irá con esa pájara?», se preguntó Audrey Lindsay.

*
*
*

La casa estaba puesta con exquisito gusto. Shearer se dijo que Alitha debía de ser poseedora de una inmensa fortuna. A su llegada, les había recibido una doncella de color, pulcramente ataviada. Alitha le había dado permiso para que saliera unas horas y la sirvienta no se lo había hecho de rogar. Shearer había advertido en ella una leve sonrisa, como si la doncella supiese de antemano lo que iba a suceder.
—¿Querrá dispensarme unos momentos, amigo mío? —rogó Alitha —. Necesito empolvarme la nariz...
—No tiene que darme excusas, señora.

Alitha se alejó. Shearer se dispuso a cargar su pipa, pero se lo pensó mejor y desistió de la idea. Apestaría la casa, se dijo.
Había cuadros buenos y objetos de arte realmente valiosos. Pero, sobre todo, imperaba el buen gusto.
Pasaron unos minutos. Alitha apareció de pronto, con una bandeja en las manos. Shearer enarcó las cejas al ver la botella de champaña en su cubo y las dos copas.
—Deseo celebrar el encuentro con mi vecino de Stallman —dijo ella.
Shearer tardó en contestar. Alitha se había cambiado de ropa y ahora vestía un fastuoso peinador blanco, que permitía entrever sus prendas íntimas, rebosantes de encajes, un tanto anticuadas, lo que les daba mayor atractivo. Al inclinarse, Shearer pudo apreciar la perfección de sus senos, del tamaño exacto y en absoluto discordantes por sus contornos con el resto de la figura.
—Permítame —dijo, reaccionando—. Yo descorcharé...
Alitha sonrió, sentándose en el diván. Shearer llenó las copas y le ofreció una.
—¿No se sienta, profesor?
—¿Cómo sabe que lo soy? Aunque no ejerzo en estos momentos...
—Oh, Elsa Smith es muy parlanchina y me cuenta muchas cosas del pueblo cuando viene a traernos las provisiones. Pero también es guapa ¿verdad?
—¿Se puede hablar de belleza, estando usted presente? Alitha rió, halagada.
—Muy gentil, profesor. Pero todavía no me ha dicho su especialidad...
—Sociología y Psicología, señora.
—Ah, un psicólogo... Entonces, sabrá conocer a la gente.
—Antes tengo que tratarla un mínimo de tiempo.
—Pero, me supongo, y aunque no sea médico, tendrá también lo que se dice «ojo clínico».
—Modestamente, sí. No obstante, hasta el mejor médico tiene que conocer a fondo a su paciente. Pero usted ya tiene el suyo, creo.
—Es cierto. El doctor Crawford cuida de mi salud. Sin embargo, puede decirse estoy casi curada. Es decir, me encuentro en perfectas condiciones físicas para todo.
—La felicito, señora.
—Al decir perfectas condiciones físicas, incluyo, naturalmente, lo que usted se puede imaginar —dijo Alitha, mirándole intensamente.
—Tengo muy poca imaginación...
De pronto, ella dejó la copa a un lado y se inclinó hacia él.
—¿No es capaz de dejar volar su imaginación, Norman?
Shearer se turbó un momento. Los ojos de Alitha le fascinaban.

Ella respiraba larga y profundamente, con toda malicia, para que él pudiera apreciar los encantos de su pecho de diosa.

—La imaginación es como un pájaro que vuela. A veces, aparece el cazador, dispara y el pájaro cae a tierra, sin completar su vuelo.

Alitha se le acercó más todavía.

—Aquí no hay ningún cazador —dijo ardorosamente. Shearer tuvo un instante de vacilación.

«Pero, ¿no es esto lo que querías para esta noche?», se preguntó.

Alitha no le rechazó cuando él la abrazó y buscó sus labios ávidamente. Ella se apretó con fuerza, correspondiendo al beso con una furia como jamás había sentido Shearer en ninguna mujer.

De pronto, sintió que el diván se movía. Alarmado, se separó un poco.

El mueble y el suelo giraban. Al terminar la vuelta de 180°. oyó una risita de Alitha. Entonces, estupefacto vio que se hallaban en un dormitorio de enormes dimensiones. El lecho, circular, era el mayor que había visto nunca, decorado en raso de color rojo vino. El techo era un colosal espejo y el suelo estaba cubierto por una espesa alfombra de color oro viejo.

Alitha volvió a reír.

—Sorprendido, ¿verdad? Es la mejor forma de evitar molestas interrupciones — explicó—. Al girar, la pared del otro lado queda exactamente igual que ésta y nadie lo nota. Pero... te advierto que no suele ser muy frecuente que enseñe mi secreto.

—Parece, sin embargo, que hay excepciones.

—Muy raras. —Ella se puso en pie y tiró de su mano—. Pero tú eres una de esas excepciones. ¡Ven, Norman, ven! —dijo cálidamente.

Shearer se puso en pie y obedeció a la llamada cargada de pasión que le dirigía aquella hermosa mujer.

CAPITULO IV

Consultó la hora y vio que ya era un poco tarde. Alitha, somnolienta, se movió entre las sábanas rojas.

Shearer empezó a vestirse. Al cabo de un rato, ella se despertó del todo.

—¿Te marchas?

—Tengo que madrugar mañana. Me vuelvo a Stallman.

—Oh, ¿qué prisas tienes...?

—Mi trabajo no admite demoras, Alitha.

Ella suspiró. Alargó la mano y cogió el peinador.

—Todavía estaré aquí algunas semanas. ¿Vendrás?

—Si tengo que volver a Boston, cuenta con mi llamada —prometió él. Alitha terminó de ponerse el peinador.

—Me has hecho feliz —dijo, besándole afectuosamente—. De nuevo he vuelto a ser mujer. Aunque no lo creas, desesperaba ya de encontrarme a mí misma.

Shearer se sintió sorprendido al oírla hablar así.

—Diríase que te ha sucedido algo —contestó—, ¿Has estado enferma?

—Lo estuve, creo que lo sabes. Pero ya me encuentro completamente restablecida. ¿O te ha parecido que estabas con una mujer falta de salud?

—Todo lo contrario —rió él—. Exuberante de vida... y llena de fuego.

—Tú me has vuelto a la vida y despertado el fuego que dormía en mí —dijo Alitha.

Era una frase infame, pensó Shearer, pero había que disculparla si era cierto que había estado enferma y ya se había curado.

Se inclinó hacia ella y la besó de nuevo.

—Ahora, haz funcionar el mecanismo —señaló hacia la pared.

Alitha se acercó al muro y tocó un resorte. De nuevo se produjo el movimiento de giro, semejante al de un escenario teatral. Cuando pasaban al otro lado, oyeron voces.

—Está bien, señorita Wilson —dijo Crawford—. La hora es un poco tardía para ultimar detalles, pero creo que la podré contratar. Venga mañana a verme a mi gabinete de consulta médica.

—Muy bien, doctor —contesto la mujer.

—A las tres de la tarde.

—Sí, señor.

—Aquí tiene mi tarjeta. Encantado de haberla conocido, señorita Wilson.

—Adiós, doctor.
Shearer miró perplejo a la joven. Ella se puso un dedo en los labios, recomendándole silencio. A los pocos instantes, se oyó el ruido de la puerta que se abría y cerraba suce- sivamente.
Crawford apartó las cortinas que separaban del vestíbulo de la sala y dio dos pasos.
—Hola, Alitha. Ya tengo la próxima candidat.... De pronto, vio al joven y se interrumpió en seco.
—¿Qué hace este hombre aquí? —barbotó.
—Es el profesor Shearer —respondió Alitha—. Creo que le conoces, ¿no es así?
—Cierto, pero...
—Nos encontramos casualmente y le invité a tomar una copa, eso es todo, Robur. Crawford guardó silencio unos instantes. Sucesivamente, miró al joven y a Alitha, a la que vio con el peinador mal sujeto delante de su cuerpo, lo que le permitía apreciar bue- na parte de los encantas de su figura. Una vena se hinchó en la frente del sujeto, cuyos puños se cerraron convulsivamente.
—Alitha, si ha sucedido lo que sospecho, te dije que no debieras... Ella levantó la barbilla orgullosamente.
—Eres mi médico y acataré cuanto me ordenes respecto a mi salud, pero no toleraré el menor consejo sobre otros asuntos que sólo a mí conciernen —respondió con gran energía.
Shearer se dio cuenta de que la atmósfera se cargaba y decidió que era un estorbo.
—Perdonen, pero ya me iba —dijo.
—Sí, márchese y no vuelva más —contestó Crawford coléricamente. El joven empezó a perder la paciencia.
—Si ella me lo permite, volveré siempre que lo desee —aseguró.
De pronto, Crawford le asestó un puñetazo. Shearer vio venir el golpe y trató de esquivarlo, cosa que sólo consiguió en parte. El puño rozó su mentón hacia el lado izquierdo y le hizo tambalearse ligeramente.
—¡Robur! —gritó la joven—. Repórtate, no seas estúpido...
—¡No me digas lo que he de hacer! —respondió Crawford furiosamente—. Profesor, le repito que debe marcharse ahora mismo.
Shearer procuró dominarse. Rascó un pañuelo y se limpió la

comisura de los labios. En la blancura del tejido aparecieron algunas pequeñas manchas de color rojo.

—Doctor —dijo, dominando a duras penas la ira que sentía—, es la primera vez que me golpean injustamente y no doy a mi adversario la respuesta que se merece. Agradézcaselo a la señora Sinclair. —Se volvió hacia ella e hizo una ligera inclinación de cabeza—. Adiós, Alitha —concluyó.

—Adiós, Norman; vuelve siempre que quieras.

Shearer se encaminó con paso rápido hacia la puerta. La abrió y salió al corredor, pero, de repente, se sintió acometido por un impulso inexplicable y la dejó entreabierta. Acer- cando la oreja a la ranura, procuró escuchar lo que se discutía en el interior de la casa.

—Has cometido una terrible imprudencia —dijo Crawford.

-—No me vengas con cuentos de miedo. Shearer me gustaba y yo le gustaba, así de sencillo ha sido.

—Soy tu médico...

—Y yo tu banco.

—Miro únicamente por tu vida, Alitha.

—Y también porque no te falte dinero, ¿verdad? Preocúpate de curarme solamente; de lo demás, ya me encargaré yo misma, porque son asuntos personales y a ti no te interesan en absoluto.

—Alitha, sabes que si yo quisiera...

—Si tú quisieras, sucedería lo que ambos tememos, pero después, ¿qué ibas a hacer, una vez cerrado el grifo del dinero?

Crawford contestó algo en voz baja y Shearer ya no pudo oírlo con claridad, de modo que decidió marcharse definitivamente. Algún día, se dijo, trataría de esclarecer las extrañas relaciones que unían a Alitha con su médico. Ella tendría que volver de nuevo a Smoky Hill y entonces sería la ocasión de intentar conocer la verdad.

Mientras, lo mejor sería que volviese a su trabajo.

Poco después, llegaba a la calle. Había dado media docena de pasos, cuando se le acercó una mujer muy rubia, pintarrajeada con exageración, un enorme escote en la blusa de seda roja y la falda negra abierta casi hasta la cadera. Con el cigarrillo en los labios, le miró provocativamente.

—¿Fuego, buen mozo?

Shearer estuvo a punto de contestar con un exabrupto, pero se dijo que no debía ser descortés ni siquiera con aquella dama de vida airada. Sacó el encendedor y le prendió el cigarrillo.

—Gracias —dijo ella, echándole el humo a la cara. Agitó su bolso—. ¿Quieres uno?

—No. Y, perdona, pero no estoy de humor para ciertas invitaciones —contestó él secamente.

—Claro. Lo has pasado muy bien allá arriba, ¿verdad?

Shearer se disponía a marcharse y giró de nuevo hacia la mujer.

—¿Cómo diablos sabes...? —De pronto, estudió su rostro y se dio cuenta de que la conocía—. ¡Maldita sea! ¿Qué diablos hace aquí, espiándome, señorita Lindsay?

—Es mi oficio, profesor — rió ella.

—Su oficio, ¿eh? ¿He hecho yo algo malo para merecer su desagradable atención?

—Usted, no, pero ella... —Audrey movió la cabeza hacia arriba—. Quizá ella sí —añadió ambiguamente.

Shearer apretó los labios. Sentíase furioso por el ataque de Crawford. El encuentro con la detective le puso más furioso todavía. De pronto, vio algo que le hizo sonreír.

—¡Guardia! —llamó al hombre de uniforme que se paseaba por las inmediaciones, balanceando negligentemente su porra—. Haga el favor, detenga a esta mujer que me está molestando...

—Pero, profesor... —se alarmó Audrey. El policía se acercó.

—De modo que callejeando, ¿eh? —dijo, sarcástico. Agarró el brazo de la joven y la empujó con fuerza—. Andando, buena moza; en la Comisaría te dirán lo que hacen con las damas de tu calaña.

—Escuche, agente —gritó ella desesperadamente—. No soy lo que cree; soy detective privado...

—Sí, y yo soy el sastre del presidente —rió el guardia—. Descuide, caballero; ahora mismo vamos a retirar a esta «bailarina» de la circulación.

—Muchas gracias, agente. La verdad es que hoy día no se puede salir a la calle.

Audrey chilló y protestó, pero todo fue inútil. Una vez se volvió y divisó al joven que le hacía burla, con las manos y la lengua. Audrey apretó los labios y luego, de pronto, se puso a llorar de rabia, porque sabía que no podía hacer nada para evitar la pequeña venganza del profesor.

* * *

Algunas semanas más tarde, Audrey entregó una carpeta a un colega suyo.

—Aquí tienes, Tom —dijo—. Lamento no poder seguir el caso por ahora. Tienes que continuarlo tú.

Tom MacEllis, unos treinta años, bien parecido, sonrió al ver el aspecto que ofrecía Audrey, con la pierna derecha enyesada desde la rodilla hasta el pie.

—Fue un buen golpe, ¿verdad?

—Aquel tipo no sabía si lo que tenía entre manos era un barril de cerveza o el volante de un coche —contestó ella, enojada—. Aún tardarán dos semanas en quitarme la escayola. Y pasarán casi cuatro, antes de que pueda esquiar de nuevo.

—Dedícate a la natación. —MacEllis estudió criticamente a la hermosa joven que tenía ante sí—. Eso afina la silueta, dicen.

Audrey le sacó la lengua.

—Olvídate de mí, sátiro —contestó—. En lugar de pensar en mis encantos, piensa en el caso. Ah, y cuando vayas allí, no te olvides de interrogar al profesor Shearer. Puede que sepa algo... y, de todas formas, no tiene nada en tu contra.

MacEllis se echó a reír, porque sabía lo ocurrido tiempo atrás.

—Fue una buena jugada, ¿eh?

—Algún día se la devolveré y tal vez centuplicada —contestó Audrey, quien todavía se sentía escocida al pensar en lo que le había sucedido la noche en que Shearer fue invitado de la señora Sinclair.

* * *

Había dejado de trabajar y se disponía a prepararse algo de cena, cuando vio al hombre que llegaba a pie por el sendero. La silueta del sujeto se recortaba claramente contra el fondo rojizo del crepúsculo.

Shearer no tuvo ninguna duda de que el hombre iba a su casa y se acercó a la puerta.

—Hola —dijo el sujeto—. ¿Es éste el camino a Smoky Hill?

—Temo que se ha equivocado —sonrió Shearer—, Debe retroceder quinientos pasos y tomar el primer camino de la derecha. Pero si no se da prisa, se le hará de noche antes de que llegue allí.

—El coche se me ha estropeado y he tenido que dejarlo en el pueblo —mintió MacEllis—. Es necesario que hable hoy mismo con el doctor Crawford... ¿Lo conoce usted?

Shearer miró con desconfianza al hombre que tenía frente a sí.

—Un poco —contestó, evasivo.

—Tengo entendido que es un gran científico, especialista en

enfermedades de la sangre o algo por el estilo...
—Lo siento, no he tenido el gusto de tratarlo. Y eso indica también satisfacción, porque significa que no necesito de sus conocimientos médicos.

—Muy acertado, señor...
—Shearer, Norman Shearer.
—Yo me llamo MacEllis. ¿Quiere decirme si hay alguien más en la casa con el doctor Crawford.
El joven se atiesó.
—Señor MacEllis, ¿qué busca usted?
—Perdone, pero soy agente de seguros..
«Y yo astronauta», pensó Shearer.
—Lo siento, no soy íntimo de los habitantes de Smoky Hill.
—Dispense, profesor.
MacEllis dio media vuelta y se dispuso a marcharse. Shearer alzó una mano.
—Perdón, señor MacEllis, pero, ¿quién le ha dicho que soy profesor? El investigador se volvió.
—En el pueblo —contestó.
—¿Le dicen que soy profesor y no le dicen mi nombre?
—Mencionaron únicamente su título. No me preocupé de más.
—Está bien. Pero no le creo. MacEllis se encogió de hombros.
—Buenas noches —dijo.
Shearer permaneció en la puerta, hasta que vio desaparecer al sujeto entre las crecientes tinieblas. ¿A qué diablos había venido MacEllis?
De pronto, pensó en Audrey. Ella había estado ya en la comarca. ¿Y si había venido otro investigador en su lugar, para evitar el compromiso de que alguien reconociera a la joven?
—Si es un detective —murmuró a media voz—, no eclipsará con sus hazañas a Sherlock Holmes.
Y luego, olvidándose del asunto, volvió a entrar en casa y empezó a preparar la cena.

CAPITULO V

Aquella noche no había luna y MacEllis torció el gesto, diciéndose si no habría sido preferible esperar una época más propicia. Aunque el cielo estaba despejado, la abundancia de vegetación hacía que el suelo estuviese completamente en tinieblas. De cuando en cuando, para orientarse, sacaba una pequeña linterna del bolsillo y paseaba su luz por los alrededores.

Empezó a sudar. El ambiente era cálido, debido a la abundancia de manantiales que había por todas partes. A derecha e izquierda podía oír el tétrico «chap-chap» de las burbujas de gases calientes que explotaban en la superficie.

—No entiendo cómo existen personas capaces de vivir en este infernal ambiente — gruñó.

De pronto, tropezó con algo, vaciló, se tambaleó y al extender los brazos para buscar instintivamente un punto de apoyo, perdió la linterna.

Una maldición escapó de sus labios. La linterna rodó por el suelo hacia alguna parte.

MacEllis se puso a gatas y tanteó con la mano. De pronto, dio un respingo.

—¡Diablos, esto quema!

Había metido la mano en un charco de líquido caliente. Sacudiéndola fuertemente, volvió a ponerse en pie.

Lanzó un gruñido. Volver de día no le apetecía, porque sería visto y quería espiar Smoky Hill sin conocimiento de sus moradores. Y ¡a oscuridad que reinaba en aquel lugar, le hacía sentirse muy aprensivo.

Al cabo de unos momentos, decidió reanudar la marcha. A poco, vio algo que le pareció un cartel indicador.

Se acercó más y lo tocó con las manos. Sí, podía ver el cartel horizontal en lo alto del poste, a un par de metros del suelo. Sacó fósforos, encendió uno y vio la flecha y las le- tras: A SMOKY HILL.

—Bien, al menos, he acertado en la ruta —dijo, satisfecho.

Avanzó, sin demasiada rapidez, pero tampoco con interrupciones. Ganó treinta metros más y, de repente, sintió que el suelo cedía bajo sus pies.

Cuando quiso darse cuenta, se había sumergido hasta las caderas en un fango semilíquido, de! que brotaban continuamente hediondas burbujas. El calor le subió de golpe hasta la garganta, sofocándole horriblemente.

Sin embargo, pudo gritar. Chilló y aulló desesperadamente, pidiendo un socorro que sabía nadie le podría conceder. El calor era

horrible y presintió que iba a morir literalmente cocido.

De forma inexorable, continuó hundiéndose en la ardiente ciénaga. Cuando sólo quedaba fuera la cabeza, ya no sentía nada.

Una gran burbuja de barro muy fluido ascendió a la superficie y reventó con sordo
«plop». Un poco de gas se mezcló con la atmósfera. Todo rastro de MacEllis había desapa- recido ya.

Minutos después, alguien se acercó a las inmediaciones de la ciénaga. Escuchó atentamente unos momentos y luego se retiró por donde había venido.

Al llegar al poste indicador, lo asió con ambas manos. Hizo un seco movimiento y el poste giró en un ángulo de noventa grados.

El hombre se retiró tan silenciosamente como había venido. Ahora el poste señalaba la verdadera dirección de Smoky Hill.

* * *

Tenía que echar algunas cartas al correo y decidió pedalear un poco. La atmósfera era clara y limpia, salvo en la zona de los manantiales, que se veía siempre cubierta por una sucia neblina amarillenta.

La casa aparecía y desparecía a veces entre la niebla que emanaba de las fuentes de barro hirviente. Shearer se dijo que era signo de optimismo vivir en aquel lugar.

—Los hay chiflados —masculló.

Dos kilómetros más adelante, al salir de una curva, vio la camioneta de Elsa. La mujer estaba parada junto a un automóvil, estacionado a la orilla del camino.

Elsa agitó la mano alegremente.

—Hola, Norman.

Shearer descabalgó de la bicicleta.

—¿Qué ocurre, Elsa?

—Este coche —dijo—. Lo he visto abandonado y me entró curiosidad por saber qué le ha sucedido a su dueño.

—No parece que haya sufrido un accidente —observó él.

—Oh. no lo creo. Todo se ve normal y está cerrado con llave. Pero no hay el menor rastro de MacEllis.

Shearer le miró sorprendido.

—¿Has dicho MacEllis?

—Sí. ¿Es que lo conoces?

—Vino ayer tarde a mi casa y me hizo algunas preguntas... Naturalmente, me dio su nombre...

—A mi también. Estuvo en el almacén, compando cigarrillos. También me compró una linterna pequeña. Para mí lo único que

quería era sonsacarme. Casi todo el rato se lo pa- só haciéndome preguntas acerca de la gente de Smoky Hill.
—Creo que es un detective privado —contestó Shearer.
—¿Cómo? Pero, ¿qué diablos puede hacer aquí un tipo como ése?
—Bueno, no es que esté muy seguro, pero yo diría que anda investigando a los habitantes de Smoky Hill. Es una suposición, no una afirmación, Elsa.
—Norman, yo no diré que sean unos santos, pero tampoco creo que sean criminales. Y si lo que investiga es su posición económica, al menos nosotros no tenemos ninguna queja en ese sentido. Pagan sin rechistar las facturas que les pasamos y cuidado que algunas son elevadas, pero, hasta ahora, no nos han devuelto ningún cheque.
—Son solventes —sonrió él.
—Sin duda alguna. Norman.
—Si pudiéramos hablar con MacEllis, quizá dijera algo sobre el particular. Pero dudo mucho de que accediese, porque se atendría al secreto profesional.
—En Stallman hay una pequeña fuerza policial: comisario y tres agentes. A ellos si les tendría que dar explicaciones —apuntó Elsa.
—Sin orden del juez, no lo creo. En fin, no nos investiga a ninguno de los dos, ¿verdad? Ella le guiñó un ojo. De pronto, se oyó una bocina a lo lejos.
—Ya viene el comisario. El se encargará del asunto a partir de este momento.
—¿Le has avisado?
—Tengo radio en la camioneta. A veces, debo desplazarme muy lejos y si veo algo que interesa para el negocio, lo consulto con mi hermano. Ganar tiempo es ganar dinero, Norman —rió Elsa desafortunadamente.
—Estoy de acuerdo contigo. ¿Te vuelves al pueblo?
—Sí, en cuanto hable con el comisario. ¿Quieres algo?
—Si eres tan amable de echar estas cartas al correo... Paga los sellos y ya te lo abonaré cuando nos veamos.
—A la tarde, porque te llevaré una caja de cerveza.
—Tengo cerveza, Elsa.
—«Necesitas» cerveza, Norman.
El coche del comisario frenaba ya. Shearer asintió.
—«Trae» la cerveza —accedió.

*

*

*

Elsa apareció hacia las seis de la tarde. Shearer apreció que ocurría algo grave, apenas captó la expresión de su rostro.
—¿Qué ha sucedido? —preguntó.
—Malas noticias, Norman. Se sospecha que MacEllis está muerto.
—¡Diablos!
Sorprendido en un principio, Shearer reaccionó muy pronto y agarró a la joven por un brazo.
—Entra y empieza a hablar, mientras te preparo un whisky.
—Gracias. Creo que lo necesito... El comisario y sus hombres han estado investigando. Encontraron una pequeña linterna fuera del camino, entre unos hierbajos. Me la enseña- ron y es la misma que me compró MacEllis ayer.
—Es cierto. —Shearer le entregó la copa—. Sigue, por favor. Elsa bebió ansiosamente.
—También han encontrado huellas de pisadas, en una zona donde se quedan marcadas en el suelo húmedo. Las pisadas acaban en las inmediaciones de un gran charco de fango hirviente.
Shearer se estremeció.
—Rayos. Murió...
—Hervido, Norman.
El joven se dio cuenta de que también él necesitaba un trago. Después de tranquilizarse, volvió a hablar:
—Pero ¿cómo es posible que se perdiera? Llevaba la linterna...
—Y la perdió y siguió andando... el muy estúpido, en lugar de dar media vuelta... Lo raro es que pudiera equivocarse, ya que hay allí un poste indicador que señala perfectamente el camino.
—Era ya de noche cerrada y perdió la orientación —supuso él.
—Seguramente, pero, ¿por qué demonios tenía que ir a Smoky Hill de noche y a pie, en lugar de usar su coche? Con los faros, habría alumbrado perfectamente el camino. Así es muy seguro y no caben errores. Norman.
—No sé —dijo Shearer—. Todo eso son suposiciones, pero lo único cierto es, parece, que MacEllis está muerto.
—Si fuese una ciénaga corriente, se podría dragar, pero aquí no es posible. En algunos manantiales, la temperatura, a diez metros de la superficie, alcanza los dos doscientos grados centígrados. No fundiría el metal, pero si dañaría las conexiones, las juntas de las bombas...
—Y él está allá abajo.
—Muerto de la forma más horrible que cabe imaginar. Norman. Hubo un momento de silencio. Luego, Elsa sonrió desvaídamente.
—Te he traído la cerveza, pero me siento muy deprimida —confesó.

Shearer sonrió, a la vez que apretaba su brazo con gesto afectuoso. Las palabras de Elsa le liberaban de algo que deseaba evitar y que había pensado no lo conseguiría.

—Otro día —dijo.

—Sí, otro día. Descargaré la cerveza...

—No te molestes, yo lo haré.

Elsa se marchó momentos más tarde. Shearer se preguntó si MacEllis había tenido alguna relación profesional con Audrey Lindsay.

Fue una decisión repentina. No tenía teléfono en la casa, pero Stallman se encontraba a menos de cinco kilómetros y disponía de un buen coche.

*

*

*

La respuesta tardó un poco, porque en Boston tuvieron que buscar el teléfono de la joven. Al fin, Shearer respiró aliviado cuando oyó la clara voz de Audrey.

—¿Quién es?

—Shearer. Supongo que me recuerda, señorita Lindsay.

Vivamente sorprendida, Audrey dejó escapar una exclamación de asombro.

—¡Profesor! Es usted la persona con quien menos esperaba hablar en estos momentos.

—Tal vez pensó que sería Tom MacEllis, ¿verdad?

—¿A qué viene eso, profesor?

—Usted conocía a ese hombre, supongo. Audrey vaciló un momento.

—Está bien, lo admito. Pero, ¿por qué me lo pregunta?

—Audrey, lamento tener que darle una mala noticia. Se sospecha que MacEllis ha muerto.

—¡Oh, Dios mío! —se acongojó ella.

—Repito que lo siento, pero...

—¿Cómo ha sido. Norman?

—La verdad, hasta ahora son solamente sospechas, aunque con visos de total certidumbre. Si lo que se supone es verdad, entonces cayó a un charco de barro caliente. De algunos de ellos se desconoce la profundidad.

La joven calló unos momentos. Shearer se alarmó.

—¿Audrey?
—Oh, dispense... Estaba reflexionando... Dígame dónde está e iré a verle ahora mismo...
—Le costaría un poco. Llamo desde Stallman, ya que mi casa no tiene teléfono. Pero me pareció prudente darle la noticia.
—Sí, se lo agradezco muchísimo... ¿Cómo supo que yo conocía a MacEllis?
—Simple deducción. Ayer vino y me hizo algunas preguntas. No parecía ser muy despejado o quizá trataba de dar esa sensación. También anduvo husmeando por el pueblo...
—Y dedujo que era un detective privado.
—Sí, en efecto.
—Norman, MacEllis fue a Stallman porque a mí me era imposible. Sufrí un accidente de automóvil y tengo la pierna izquierda enyesada.
—¡Cuánto lo siento, Audrey!
—Pero eso no me impedirá conducir. A fin de cuentas, tengo el coche con cambio automático y me basta con poder utilizar el pie derecho. ¿Ha dicho a alguien que yo podía conocer a Tom?
—No, en absoluto.
—Siga guardando el secreto, Norman, se lo ruego. Mañana, cuando nos veamos, se lo contaré todo.
—Estaré en mi casa, Audrey.
Shearer colgó el teléfono. ¿Qué y a quién investigaban Audrey y su colega?
¿Y... por qué?
Tal vez, se dijo, valía la pena hacer algo por cuenta propia, para ayudar a la joven.
Por ejemplo, llegarse a Smoky Hills para visitar a Alitha. Al día siguiente, naturalmente.

CAPITULO VI

Decidió ir a pie, porque hacía buen tiempo y la distancia no era excesiva. Primero caminó unos mil metros en dirección a Stallman y luego tomó la carretera que conducía a Smoky Hill. En realidad, se dijo, era poco más que un sendero. Dos automóviles rodando en sentidos opuestos, habrían tenido dificultades para cruzar.

A los pocos momentos de haber entrado en el camino, empezó a ver ¡os primeros manantiales calientes. Era un extraño fenómeno de la naturaleza, se dijo. Algunos de los charcos de lodo tenían cuarenta y más metros de altura. Enormes burbujas se formaban en la superficie y explotaban con sordos chasquidos, despidiendo nubes de sulfuroso que, en algunos puntos, hacían realmente irrespirables la atmósfera. Otros manantiales estaban en constante movimiento y allí, se dijo, la temperatura debía de ser más elevada, porque se veía el barro hervir incesantemente.

Al cabo de unos minutos, dobló una curva muy pronunciada y divisó un poste indicador en el borde del camino. Se preguntó por la utilidad de aquella señal de orientación, ya que no había otro camino y aquél conducía exclusivamente y terminaba en Smoky Hills.

Por aquellos lugares había desaparecido MacEllis. A unos treinta metros, divisó un enorme círculo de algo que se movía burbujeando, como si por aquel lugar saliera la respiración del infierno. La temperatura era sofocante y se aterró al pensar que alguien podía haber caído en aquel manantial de aspecto tan siniestro.

Siguió andando. Diez minutos más tarde, divisó la casa.

Se preguntó si Alitha accedería a recibirlo.

Pronto saldría de dudas. Alitha estaba hablando en aquel momento con Crawford.

—Vas a fracasar...

—No tienes paciencia —contestó él de mal talante—. ¿Cuándo te vas a convencer de que esto no es cosa de semanas?

—¿Semanas? —rió ella agriamente—. Llevamos años...

—Lo sé, lo sé, pero no puedo hacer más. Tengo que trabajar solo, sin relación con otros colegas, sin poder contrastar mis trabajos... De otro modo, las cosas marcharían mucho mejor.

—Tienes revistas científicas, Robur.

—No es suficiente. El diálogo con otros colegas resultaría mucho más fructífero, pero tú sabes muy bien que no puedo.

—Robur, lo único que sé es que cada vez tengo menos

tiempo. Tú sabes bien por qué, ¿no es cierto?
Crawford lanzó una
maldición.
—Lo sé —gruñó—, Pero hago todo lo que puedo, insisto.
Y ahora, dispénsame; tengo trabajo y no puedo dejarlo para atender tus reproches.
—Convendrás conmigo en que son justificados —dijo ella.
—Las opiniones discrepan radicalmente —se alejó él.
Alitha se mordió los labios. Cada vez se sentía peor. Si Crawford no le proporcionaba pronto el remedio, no podría siquiera levantarse...
Sumida en sus amargos pensamientos, perdió la noción del tiempo. El sonido de lacampanilla de la entrada la arrancó a sus reflexiones.
La mujer que iba todos los días a arreglar la casa abrió la puerta. Desde el lugar en que se encontraba, Alitha oyó una voz conocida:
—Buenos días. Soy el profesor Shearer. ¿Puede anunciarme a la señora Sinclair?
Alitha se incorporó instantáneamente. El esfuerzo la dejó casi sin respiración. Fue a salir al encuentro del recién llegado, pero entonces advirtió, aterrada, que las piernas se negaban a sostenerla.

* * *

La asistenta condujo a Shearer hasta una puerta.
—aquí es, profesor.
—Gracias, señora.
Ella abrió y se echó a un lado. Shearer cruzó el umbral y divisó a Alitha en una butaca, con una manta a cuadros a sus pies, caída al suelo evidentemente por algún descuido.
—¡Norman! —exclamó la joven, tendiéndole ambas manos.
Durante unos segundos, Shearer se sintió estupefacto. ¿Era aquella mujer la misma que había tenido en sus brazos, semanas antes, imagen perfecta de la belleza sin tacha? ¿Era la misma que había ardido de pasión junto a él?
La sirvienta carraspeó a sus espaldas.
—Señora, estoy terminando. Pronto tendré que marcharme...
—Sí, Hettie —contestó Alitha sin mirarla siquiera—. Váyase cuando le parezca.
La puerta se cerró a espaldas del joven. Shearer, un tanto repuesto, avanzó hacia la dueña de la casa.
—Estoy consternado, Alitha —dijo—. ¿Qué te sucede?
Ella sonrió desvaídamente. Su cara estaba tan blanca como la nieve

y no había apenas color en sus labios. Los ojos estaban hundidos en las cuencas rodeados por unos círculos, tan oscuros, que casi parecían negros, lo que le confería un aspecto espectral al rostro de la joven.
«Parece un fantasma», dijo, mientras tomaba sus manos.
Semanas antes, eran cálidas, llenas de vida. Ahora estaban frías, yertas... Se preguntó si había pulso en aquel cuerpo que parecía haber perdido el aliento vital casi por completo.
—Alitha, no sé qué decir... —añadió, balbuciente, en vista de que ella guardaba silencio.
—Estoy enferma, muy enferma, Norman —respondió ella.
—Pero... Hace sólo unas semanas tenías un aspecto radiante... Tú misma dijiste que habías vuelto a ser una mujer...
—Mi enfermedad es larga y costosa de curar. El proceso tiene altas y bajas, hay períodos de curación casi completa, y digo casi, porque no lo es nunca... y luego períodos en que la enfermedad se hace mucho más virulenta, como ahora, por ejemplo.
—Y eso, ¿no tiene cura?
—Sí, aunque ya te digo, costará mucho, mucho tiempo.
—Alitha, no es por nada, pero creo que tú tienes dinero. Ella sonrió levemente.
—En ese aspecto no me puedo quejar —contestó.
—Entonces, ¿por qué no buscas los mejores médicos del mundo? El dinero no importa cuando la vida está en juego.
Alitha movió la cabeza hacia un lado.
—Tengo a mi servicio al mejor médico del mundo —contestó.
—¿Crawford?
—Sí. Aunque no lo creas, él ha conseguido resultados no logrados por otros médicos de mucha mayor fama. ¿No me recuerdas cómo estaba la última vez que nos vimos en Boston?
Shearer hizo un gesto de asentimiento.
—Eras una mujer completamente distinta, rebosante de salud...
—Ahora estoy en uno de mis periodos bajos. Pero pronto me recuperaré. Un día estaré sana por completo, te lo aseguro, Norman.
—Es lo que más deseo para ti —repuso él—. Yo vivo en la casa que hay a dos kilómetros al Este. No tengo teléfono, pero si deseas algo de mí, no tienes más que avisarme.
—Gracias, Norman.
—¿Estás sola en la casa con el doctor Crawford?
—La señora Driscoll viene todas las mañanas a atender las tareas domésticas. Es todo lo que precisamos aquí; no quiero servidumbre, que siempre es un foco de rumores y cotilleos nada

agradables.
—En eso aciertas —sonrió el joven—. ¿Qué hace Crawford ahora?
—Tienes montado un pequeño laboratorio y está investigando los distintos aspectos de su problema. Que es mi dolencia. Pero no te preocupes por él; no vendrá a hacer una escena.
Shearer torció el gesto.
—No sé si sabría contenerme esta vez —masculló—. Cualquiera diría que tiene celos de todos los hombres...
Alitha se echó a reír.
—Lo único que quería era proteger mi salud —contestó.
«Y tu dinero, ¿qué?», pensó Shearer, al recordar el diálogo que había escuchado desde la puerta dejada deliberadamente entreabierta.
—Sí, seguro. Alitha, ¿sería indiscreto preguntarte cuál es tu enfermedad?
—Yo no lo sé muy bien; Crawford emplea unos términos médicos muy complicados. Lo único que puedo decirte es que se trata de una infección de la sangre, que el virus es muy rebelde y que devora los glóbulos rojos con espantosa voracidad... Pero no es leucemia, desde luego.
—Comprendo. En fin —suspiró el joven—, habrá que confiar en la competencia de tu médico.
—En ese aspecto, al menos, no hay dudas, Norman.
—Lo celebro. Alitha, me siento muy contento de haberte visto, aunque deprimido por saber que te encuentras así...
—Pronto estaré bien —aseguró ella.
Shearer se acercó a la joven y la besó en una mejilla.
—Avísame, entonces —rogó.
—Te llamaré, descuida.

Cuando el joven se hubo ido, Alitha lloró largamente. ¿No se iba a curar nunca?, pensó, llena de amargura. ¿Iba a tener que depender siempre del mismo método para prolon- gar su vida?
Pero quería vivir desesperadamente y haría cualquier cosa para recobrar la salud.

Shearer abandonó la casa, satisfecho de haber evitado el encuentro con Crawford. Le preocupaba el aspecto de Alitha. ¿Cuál era, en realidad, la dolencia que padecía?

De pronto, se dijo que tal vez resultaría útil acercarse a Smoky Hill por la noche, sin ser visto. Sin embargo, no pudo evitar el recuerdo de Tom MacEllis. El detective se había extraviado, hundiéndose en un charco de barro hirviente.

Procuraría que no le sucediese lo mismo, pensó.

Y, seguramente. Audrey estaría de acuerdo con aquella idea.

Al cabo de un rato, vio un coche que se acercaba y se apartó a

un lado. El vehículo se detuvo inesperadamente y la conductora asomó la cabeza por la ventanilla.

—Hola —saludó alegremente—. ¿Voy bien por aquí para llegar a Smoky Hill?

Shearer la contempló unos instantes. Era una muchacha de poco más de veinte años, tuerte, casi rolliza, con las mejillas coloradas, exultante de salud y de vida. Su aspecto era absolutamente distinto del de Alitha, se dijo, sin poder evitar la comparación.

—Sí. éste es el camino —contestó.

—Gracias, hermano —contestó ella desenfadadamente—. ¿Vive usted por estos andurriales?

—Dos kilómetros al Este, señorita. Usted es forastera, me parece.

—Lo soy, pero me han ofrecido un buen empleo y... Como supongo que nos veremos en más de una ocasión, le diré mi nombre. Soy Vesta Wilson.

—Norman Shearer —se presentó él—. Oiga, ¿no estuvo usted hablando en una ocasión con el doctor Crawford?

—Sí, hace varias semanas. Entonces me dijo que no sabía cuándo podría emplearme y que ya me llamaría en el momento oportuno. Ayer recibí su telegrama y...

—Encontrará al doctor en la casa, señorita Wilson. He tenido mucho gusto en conocerla.

—Lo mismo digo, señor Shearer.

El coche arrancó de nuevo. Y Shearer, perplejo, se hizo una pregunta: ¿Qué iba a hacer Vesta en una casa en la que, según acababa de escuchar, no se necesitaba más servi- dumbre?

Pero Crawford tenía un laboratorio y tal vez necesitaba una ayudante, pensó. De todos modos, con el tiempo, podría sonsacar a la joven...

«Con mejillas de manzana», pensó, al recordar su saludable aspecto.

*

*

*

Audrey no vino en todo el día. Shearer se preguntó qué le podía haber sucedido y hasta llegó a decirse si resultaría prudente llamarla de nuevo por teléfono. Pero, al final, desistió de la idea.

—Lo haré mañana, si no viene antes del anochecer —resolvió finalmente.

Pasadas las diez de la noche, se vistió adecuadamente y se dispuso a salir. A prevención, se puso unas fuertes botas y hasta

buscó una cuerda, que se enrolló a la cintura. Si caía en un charco, podría lanzarla a algún saliente para escapar a una muerte atroz, como la sufrida por MacEllis. También se proveyó de un buen bastón, hecho rudimentariamente con una rama larga y recta. En caso necesario, podría tantear el terreno.

La linterna era muy potente y le garantizaba una iluminación que evitaría errores nefastos. Además, había luna, lo que le permitiría tanto ahorrar la batería, como evitar ser descubierto en un momento poco oportuno.

Una vez dispuesto, salió de la casa. La puerta, aunque cerrada, no lo estaba con llave. Sobre la mesa quedó una nota, por si venía Audrey. Así ella sabría adónde había ido y aguardaría sin prisas su vuelta.

Caminó a buen paso. Luego, al entrar en el camino que conducía a Smoky Hill, extremó las precauciones. Diez minutos más tarde, divisó en lontananza algunas luces de la casa. Aún estaban despiertos.

Tendría que esperar, pero ya se hallaba preparado para estar levantado la mayor parte de la noche. Siguió su camino y, de pronto, encontró con algo que le hizo fruncir el ceño.

Con un rápido destello, iluminó el poste indicador. Allí había algo raro, se dijo, mientras, después de apagar la linterna, lo contemplaba a la luz de la luna.

Tardó algunos segundos en dar con la solución y entonces sintió que se quedaba sin aliento.

La indicación de la ruta estaba falseada. El poste se hallaba apenas se concluía la curva, muy cerrada y en ángulo recto, lo que hacía que el camino tomase una dirección casi exacta al Norte. Ahora, la flecha del rótulo señalaba justamente al Este.

—Alguien ha movido el poste —exclamó, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

El error de MacEllis resultaba comprensible, si se tenía en cuenta la oscuridad de la noche, la pérdida de su linterna y el desconocimiento del terreno. No era que él lo conociese mucho mejor, pero, por lo menos, ya había ido y vuelto de Smoky Hill una vez, cosa que no se podía decir del detective.

Durante unos momentos, permaneció indeciso. Al fin, decidió dejar el poste en su actual situación. Si corregía su posición, se enterarían de que alguien había estado allí y no le pareció prudente.

Reanudó su camino, acentuando las precauciones. El suelo, incluso, carecía de firmeza en algunos puntos, lo que explicaba aún mejor el funesto error de MacEllis. ¿Por qué no quería Alitha que nadie fuese de noche a su casa? ¿O era Crawford el que deseaba evitar visitas inoportunas?

De repente, le pareció escuchar el crujido de unas ramas a poca distancia.

Instintivamente, buscó refugio junto a un árbol.

Una silueta se recortó contra el fondo iluminado por la luna en creciente y ya próxima a ocultarse. La distancia no era superior a los cincuenta metros, pero Shearer tenía la vista habituada ya a la oscuridad y pudo contemplar la escena con todo detalle.

El hombre llevaba un cuerpo humano en los brazos. Shearer pudo ver un brazo que oscilaba al compás de la marcha del sujeto. También divisó una cabellera suelta que pendía hacia abajo.

Contuvo el aliento, temiendo ser descubierto. Incluso sintió miedo.

Para él, era una situación completamente nueva.

El hombre se detuvo unos pasos más adelante. De pronto, tomó impulso y lanzó el cuerpo al suelo, procurando que cayera lo más lejos posible. Shearer oyó un tétrico chapoteo y luego unos «glu-glus» de siniestro significado.

Cuando quiso reaccionar, el hombre había desaparecido. Dominando sus aprensiones, permaneció allí todavía un buen rato.

Pasó casi media hora antes de que se atreviera a mover un solo dedo. Entonces, con infinitas precauciones, tanteando el terreno a cada paso con el bastón, se acercó al lugar donde había sido arrojado aquel cuerpo.

Encendió la linterna un cortísimo espacio de tiempo. Lo único que pudo ver fue un enorme charco de barro hirviente, en cuya superficie brotaban incesantemente hediondas burbujas.

Del cuerpo humano que el sujeto había lanzado al barro no había el menor rastro.

CAPITULO VII

El coche se detuvo frente a la casa. Su conductora tocó el claxon. Shearer corrió hacia la puerta. Audrey agitó su mano desde la ventanilla.

—¿Quiere ayudarme, Norman?

—Claro.

La joven se apeó, sostenida por el fuerte brazo de Shearer. Una vez en el suelo, se apoyó en el bastón y alargó un poco la pierna izquierda.

—¿Qué le parece?

—Debiera enseñarme la otra —sonrió él.

—No sea lujurioso. ¿Entramos en la casa?

—Desde luego. Estuve aguardándola ayer...

—Me fue imposible venir. Lo siento, Norman; tuve que completar ciertos informes y no podía demorarlo en absoluto.

—Debe de ser una vida fascinante —comentó Shearer con cierta ironía—. Siempre enterándose de los secretos de los demás... Supongo que, para una mujer, satisfacer su curiosidad debe de ser algo así como placer de dioses.

—No sea mal pensado. A veces, los secretos ajenos, que una se ve obligada a guardar, resultan agobiantes.

Habían entrado ya en la casa y Shearer la condujo hasta el diván. Audrey se sentó, con un gran suspiro de alivio.

—Traeré café —dijo él.

—Gracias, Norman

Shearer volvió minutos más tarde y llenó la taza de la joven. Luego se sentó frente a ella.

—¿Tiene algo nuevo que contarme, Audrey?

—Hable primero usted, por favor —indicó ella.

—Anoche estuve espiando por cuenta suya. Me convertí en detective honorario.

—Interesante. ¿Vio algo de particular?

—Sí, pero, a pesar de todo, desearía saber qué es lo que sucede. De este modo, podría confirmar o desechar mis hipótesis. Aunque, desde luego, podemos dar como segura la muerte de MacEllis.

El rostro de Audrey se ensombreció.

—Pobre Tom —se lamentó—. Era un muchacho excelente, alegre, servicial... aunque también un poco duro de mollera. Pero no

había otro que pudiera venir aquí en esos mo- mentos. Es terrible pensar que murió por mi causa, Norman.

—No se reproche nada. Entonces, la muerta hubiera sido usted. Pero, ¿qué es lo que sucede en Smoky Hill?

—Han desaparecido varias mujeres misteriosamente y se sospecha que todas ellas vinieron a Smoky Hill en alguna ocasión. Una de las desaparecidas era Molly Fenneth, hermana de una buena amiga mía. Por eso, precisamente, a petición de Jean Fenneth, estamos investigando el caso. Las pesquisas que hemos realizado conducen precisamente a ese lugar.

—¿Tienen idea de lo que les puede haber pasado a esas mujeres desaparecidas?

—Sospechamos su muerte, pero no tenemos el menor indicio ni prueba alguna, por pequeña que sea, que nos permita informar a la policía. La dueña de Smoky Hill es inmen- samente rica y con grandes influencias. Tenemos que andarnos con tiento, ¿comprende?

—Sí, desde luego. De modo que hay varias mujeres que vinieron a esa casa y de las que no se ha vuelto a tener noticias.

—Exacto, Norman.

—Quizá anoche fue asesinada otra —dijo él sombríamente. Audrey se sobresaltó.

—Hable, por favor —pidió.

Shearer le explicó lo que había visto la víspera. Cuando terminó, Audrey se sintió muy impresionada.

—Los cadáveres desaparecen en los manantiales de barro hirviendo y ya no se les encuentra jamás.

—Así es. O lo parece —contestó él.

—¿Habló usted con la víctima? Suponiendo que fuese ella 1a que arrojaron a la ciénaga ardiente.

—Sí. Dijo que había obtenido un empleo... Supuse que sería como ayudante de laboratorio, porque Alitha había dicho que aquí no querían más servidumbre que la señora Driscoll, quien sólo acude un rato por las mañanas, para lo más imprescindible.

—Entonces, es seguro que Vesta Wilson fue a la casa.

—Al menos, yo la vi que se dirigía hacia allí. Naturalmente, no puedo afirmar que entrase en la casa, pero no hay por qué dudar de que sucedió así, realmente.

—Quizá eso sea una base para encontrar la verdad —murmuró Audrey pensativamente—. Norman, ¿qué sucedería si yo me arriesgase a ir a Smoky Hill?

—Me sentiría muy aprensivo —contestó él.

—Entonces, ¿por qué no me acompaña? Usted es amigo de Alitha Sinclair y hasta algo más, diría yo.

—Sólo estuve una vez en su casa de Boston, Audrey. Ella sonrió maliciosamente.

—Apuesto a que guarda un recuerdo imborrable de aquella visita —dijo.

—¿Siempre piensa tan mal de los demás?

—Hombre, no se enoje. A fin de cuentas, ella es muy bella y, por si fuese poco, está podrida de dinero. Pero no insistiré más sobre ese punto. ¿Le parece que vayamos?

—¿Ahora? Son cerca de las doce. ¿Por qué no almuerza conmigo?

—No es mala idea —aceptó, ella—. Por favor, ¿quiere indicarme el baño para lavarme las manos?
—Claro.
Shearer se acercó a la joven, pero ella se puso en pie, con la ayuda del bastón.
—Puedo manejarme sola, gracias, aunque entrar y salir del coche me cuesta todavía un poco. Tuve mala pata, ¿verdad?
Shearer miró la pierna enyesada y sonrió.
—La mala pata sigue... hasta que esté curada —contestó alegremente.

* * *

El coche, ahora conducido por Shearer, rodaba lentamente por el camino que conducía a Smoky Hill. Audrey contemplaba fascinada el humeante paisaje y le parecía a veces ha- llarse en un planeta desconocido.
—A fin de cuentas, son diminutos volcanes —dijo, refiriéndose a los charcos que burbujeaban constantemente a ambos lados de la ruta.
—Sí, hay indicios de actividad plutónica subterránea. Claro que la temperatura no funde los minerales, pero, en el fondo, sucede lo mismo que en un volcán —concordó Shearer. De pronto, detuvo el coche y extendió un brazo.
—Ahí tiene el poste —dijo—. Ahora señala la dirección correcta.
—Eso significa que fue él quien alteró la indicación.
—Todo parece señalarlo así, Audrey.
—Sí, desde luego. Siga, Norman, por favor.
Shearer arrancó de nuevo. De pronto, recordó algo y sonrió:
—Audrey, ¿ya no me guarda rencor? —preguntó.
Ella volvió la cabeza un momento.
—Me prometí a mí misma devolverle un día la jugarreta —contestó.
—Y piensa cumplir esa promesa.
—Lo he indultado. Me está ayudando y eso ha disipado mi rencor. Pero tuve que pasar unas horas muy poco agradables en la Comisaría.
—Lo siento. Me sentí irritado por el hecho de que me vigilase...
—A usted, no, a la señora Sinclair y a su médico.
—Podría habérmelo dicho, ¿no cree?
—Entonces no confiaba todavía en usted. Norman. Y, recuerde, la profesión exige una total discreción.
—Sí. ahora ya la entiendo.
Momentos después, daban vista a la casa. Cuando el coche se detenía, vieron salir a la señora Driscoll.
Shearer se apeó con rapidez.
—No cierre, por favor —rogó—. Voy a ver a la señora Sinclair. El rostro de Hettie expresó sorpresa.
—¿La señora...? Oh, lo siento, profesor, pero no está en casa —dijo. Shearer se quedó atónito al escuchar aquella respuesta.
—Pero... es imposible... Ayer mismo hablé con ella y no me dijo nada acerca de su marcha...
—Lo siento, profesor. Ella y el doctor se habían ido ya cuando llegué esta mañana. Me encontré una nota, en la que me decían que cuidase de la casa hasta su regreso y que ya me avisarían

oportunamente. No sé más, puede .creerme.
—OH, claro que no dudo de usted. Es que... me siento tan sorprendido. Hettie se volvió un momento e hizo girar la llave en la cerradura.
—Tengo orden de no dejar pasar a nadie —explicó su actitud—. Y ahora, si me dispensan...
La señora Driscoll se acercó a una motocicleta ligera y se dispuso a marcharse. Shearer agitó una mano.
—Perdone —dijo—. Ayer estuve con una chica llamada Vesta Wilson, quien me dijo

venía a esta casa, para trabajar con el doctor. ¿La ha visto usted?
—No —contestó Hettie rotundamente—. No la he visto, no conozco a ninguna muchacha que se llame asi y, además, me extraña muchísimo que el doctor contrate a alguien para trabajar a su lado. Si hay en este mundo una persona que no quiera que otros se enteren de lo que hace, ése es el doctor Crawford. Y ahora, dispénseme, profesor, pero tengo prisa.
—De todos modos, gracias, señora Driscoll —dijo el joven, tratando de ocultar la decepción que sentía.
La motocicleta petardeó. El ruido de su motor se fue apagando poco a poco. Entonces, Shearer se volvió hacia Audrey, quien todavía continuaba sentada en el coche.
—Norman, la chica vino ayer en su coche, ¿verdad?
—Sí, desde luego.
—No podemos entrar en la casa, pero sí mirar por los alrededores. Debe de haber algún garaje, me imagino.
—Tiene razón —contestó él—. No se mueva, yo trataré de encontrarlo.
Shearer contorneó la casa. No tardó en divisar una especie de añadido, cuyo objeto saltaba de inmediato a la vista. El garaje estaba cerrado, pero disponía de un par de ventanas situadas a cosa de metro y medio del suelo.
Miró a través de los cristales, bastante polvorientos. El garaje estaba completamente vacío.
—¿Dónde diablos estará el coche de Vesta? —murmuró.
Le pareció que había señales de ruedas en el suelo y procuró seguirlas. Eran dos los automóviles que habían sido albergados en el garaje y ambos habían sido movidos re- cientemente.
Uno de ellos había seguido la dirección del camino que llevaba a Stallman. Las huellas del otro marcaban un rumbo casi diametralmente opuesto.
Shearer volvió junto a Audrey, para informarla de lo que había visto.
—Voy a seguir esas huellas. Espéreme aquí.
—No corras riesgos inútiles, Norman —le aconsejó ella.
—Descuida.
Shearer volvió al principio de las rodadas y las siguió puntualmente. A unos cincuenta pasos, el suelo hacía una ligera pendiente en descenso. Abundaba la vegetación y, en ocasiones, perdía el rastro del coche, pero sabía que sólo había podido moverse en una dirección.
Las huellas terminaban unos cuatrocientos metros más adelante, en el borde de lo que casi parecía un lago de fango hirviente. Las burbujas[1] afloraban constantemente por todas partes. Aquella pequeña ciénaga volcánica, se dijo, debía de ser

estremecedoramente profunda.
—Insondable —calificó, de vuelta junto a la muchacha y después de haberle explicado lo que había visto.
—Merecería la pena traer una máquina, ¿no crees?
—¿Te atreverías a afrontar el gasto?
—Si hubiese posibilidades, aunque fuesen mínimas, sí, desde luego —contestó Audrey.
—Tengo entendido que eso es imposible. La maquinaria, es decir, las partes más delicadas, conexiones, tuberías de goma y demás, no podrían resistir las elevadas temperaturas que hay en el interior de los manantiales de barro.
Audrey asintió.
—¿Fue allí donde arrojó el cadáver de Vesta?
—No. Está casi en el lado opuesto, en un lugar mucho más accesible de noche. Aquel otro charco es ideal, presumo, para que se hunda un automóvil tal vez a cientos de metros de profundidad.
Ella se quedó muy pensativa.
—Sin pruebas, no hay arresto, proceso, juicio y condena —dijo—. Francamente, ya no sé qué hacer para resolver este enigma, Norman.
—¿Se te ha ocurrido investigar, no ya a Alitha, sino al doctor Crawford?
—Sí —contestó la joven—. Por supuesto que lo hemos investigado, pero todos los datos que tenemos de él alcanzan a unos tres años atrás. Más allá de esa fecha, no hemos po- dido hallar absolutamente ningún dato sobre Crawford.
—Como si hubiese nacido hace tres años, ¿verdad?
—Exactamente, Norman —corroboró la joven—. Me siento descorazonada, perdido el ánimo...
Shearer sonrió y puso una mano en su brazo.
—No desesperes y sigue. Conseguirás descubrir la verdad —aseguró.

CAPITULO VIII

El médico salió de su laboratorio con unos papeles en la mano y se sentó frente a la joven que aguardaba en el despacho.

—¿Y bien, doctor Lowe? —dijo Jean Fenneth.

Hubo un instante de silencio. Luego, el médico contestó:

—Creo que no voy a poder darle buenas noticias, señorita Fenneth.

Jean inspiró con fuerza. Era una joven alta, delicada, de rostro encantador y con una cabellera de la que muchos decían era como la de los ángeles, si hubiesen podido ver a uno de ellos. El doctor Lowe contempló con vivo pesar a la hermosa muchacha que ya tenía contados sus días.

—Soy valiente —dijo Jean—, Doctor, le ruego lo sea usted también, diciéndome con toda sinceridad la verdad acerca de mi estado. Incluso aunque tenga que oír lo peor — añadió.

—Admiro su valor, señorita —contestó el galeno—. Bien, por todo lo que he podido averiguar hasta el momento, y no sin consultar con otros reputados colegas, lo cierto es que...

—Me quedan muy pocos meses de vida, ¿no es eso? Lowe hizo un gesto de aquiescencia.

—Lo siento —murmuró.

—¿Cuánto tiempo, doctor?

—No puedo precisar una fecha. Tal vez seis meses... quizá menos... El proceso es irreversible y, además, en los últimos estadios, se agudiza con enorme rapidez.

—Doctor, ¿cómo se muere de mi enfermedad? ¿Sufriré mucho?

—No. En los últimos días, usted decaerá, perderá las fuerzas y, al final, también perderá el conocimiento

—Es decir, entraré en coma.

—Sí, señorita.

Los labios de Jean temblaron. A pesar de que estaba resignada, no podía hacerse a la idea de que su existencia iba a ser tan breve. «No cumpliré los veinticuatro años», pensó tristemente.

—¿Está seguro de que ha hecho todo lo posible, doctor?

—He pasado noches enteras en vela, tratando de hallar un remedio. Sinceramente, todos los tratamientos que le he aplicado, han resultado absolutamente ineficaces. Es una enfermedad muy rara, con escasísimos casos conocidos y, además, insuficientemente descritos. Parece ser que se trata de un virus de nueva especie, contra el cual el organismo no tiene capacidad de fabricar los anticuerpos que lo destruirían.

—Comprendo, doctor. ¿Puedo hacerle una última pregunta?

—Por supuesto —accedió Lowe.
—¿Es contagiosa mi enfermedad? Lo digo porque sería terrible tener que aislarme y pasar mis últimos días sin ver a nadie, sin divertirme un poco, muerta... antes de tiempo...
Lowe hizo un gesto negativo.
—No, no es contagiosa. Para que el virus se propagase a otra persona, tendrían que inyectarle en sus venas algo así como un cuarto de litro de su sangre. Aunque esa otra persona tocase con los dedos algunas gotas de su sangre y luego, como se hace a veces instintivamente, se los limpiase chupándolos, los jugos gástricos destruirían de modo radical el virus. Puede estar tranquila, a este respecto, señorita Fenneth.
—Gracias, doctor. Ya no veré a otro médico...
—Hace algún tiempo, existió un colega que era una verdadera autoridad en hematología, el doctor Kenwali, pero murió hace ya bastante tiempo. Y eso que aún era joven, pues no había cumplido los cincuenta años.
Jean sonrió tristemente.
—Los dos tuvimos mala suerte, ¿verdad? Gracias por todo, doctor.
Lowe quedó en su sitio, acongojado por haber tenido que dar la funesta noticia a su paciente y también furioso, porque la ciencia era impotente en aquel caso. Pero los médicos eran hombres y no magos, se dijo.

* * *

Audrey se quedó helada al conocer la noticia.
—Y eso es lo que hay, querida —dijo Jean una hora más tarde, en el restaurante donde ambas se habían reunido para almorzar juntas.
Audrey apartó el plato a un lado.
—Acabo de perder el apetito —confesó.
—¿Por qué? La enferma soy yo, no tú, querida —exclamó Jean—. Vamos, anima esa cara. Has perdido el color completamente...
—Si te parece que no tengo motivos para palidecer —murmuró Audrey—. Jean, ¿está el doctor Lowe seguro de la infalibilidad de su diagnóstico?
—No hay duda alguna, Audrey.
—Los médicos, a veces, se equivocan —alegó la detective.
—En mi caso, no. El doctor Lowe ha repetido las pruebas y los ensayos infinidad de veces y siempre con el mismo resultado. Es como si tú sumases dos y dos mil veces. Siempre obtendrías cuatro como resultado, ¿comprendes?
—Tu enfermedad no es algo tan sencillo como una suma sin

importancia.
—No insistas. Audrey, ¿quién más que yo podría estar interesada en que se encontrase el remedio?
De pronto, Audrey se sintió terriblemente afligida y tuvo que ocultar el rostro con las manos. Jean la miró con simpatía.
—No llores por mí, querida —dijo.
Un hombre entraba en el restaurante en aquel preciso momento. Shearer miró a todas partes y vio a Audrey en una extraña postura. Intrigado, se acercó y le puso una mano en el hombro.
—Audrey, ¿qué te ocurre?
La joven alzó la cabeza un poco. Shearer apreció que tenía los ojos llenos de lágrimas.
—¿Se trata de algo grave? —insistió él.
Audrey abrió su bolso, sacó un pañolito, sorbió un poco y luego se enjugó las lágrimas.
—Norman, ¿cómo has dado conmigo? —preguntó.
—Llamé a tu casa. Alguien me dijo que almorzarías aquí... pero aún no me has dicho lo que pasa —se impacientó Shearer.
Ella señaló a la muchacha que tenía frente a sí.
—Norman, ella es Jean Fenneth. Jean, el profesor Shearer.
—Encantado, señorita —dijo el joven.
—¿Cómo está, profesor? ¿No quiere almorzar con nosotras?
—Gracias... Audrey, por favor...
—Dispense, profesor. Mi amiga se siente terriblemente afectada. Acabo de darle la noticia de que me quedan pocos meses de vida —dijo Jean con pasmosa serenidad.
Los ojos de Shearer se posaron sobre el hermoso rostro de Jean. Oyó aquellas palabras y se sintió horrorizado, hasta el punto de no saber qué responder. Le parecía que era un sueño o, sin exagerar tanto, una broma pesada, pero ni en el rostro de Audrey ni en el de su amiga se advertía el menor signo de chanza.
—No sé qué decir... —habló al fin, forzando una sonrisa.
—No diga nada. Ya está todo hablado, al menos, en lo que a mí concierne —respondió Jean.
—Pero... un diagnóstico médico nunca es infalible... Hay otros doctores, señorita. Fenneth...
Jean hizo un gesto negativo.
—Mi médico ha dicho que sólo hubo uno, el doctor Kenwall, capaz acaso de curar mi dolencia. Pero Kenwall murió hace tiempo y no se puede recurrir a él, claramente.
De pronto, Jean vio a alguien y su rostro se iluminó.
—¡Jim! —exclamó. Se puso en pie vivamente y agarró su bolso—. Perdonen, pero acabo de ver a un viejo amigo y quiero aprovechar al máximo cada minuto que me queda de vida. Te llamaré mañana,

Audrey. Adiós, profesor.
La joven se marchó al encuentro del recién llegado. Shearer la vio colgarse de su cuello y besarle apasionadamente. Luego, Jean y su amigo salieron del restaurante, estrechamente enlazados por la cintura.
Sus ojos fueron al rostro de Audrey. Ella le devolvió la mirada en silencio.

* * *

La camarera vino a romper aquella especie de «impasse» en que habían caído. Shearer le encargó su minuta. Audrey, todavía muy afectada, fue la primera en hablar.
—Dijiste que habías venido aquí, porque no me encontrabas en casa, Norma.
—Es cierto, aunque, la verdad, no tengo apenas nada que decirte. Sólo quería saber cómo van tus investigaciones.
Ella hizo un gesto negativo.
—Estamos en el mismo punto que la dejamos cuando nos vinimos de Stallman — contestó—. Todo sigue igual y no hay esperanzas de que mejore en un futuro próximo.
—¿Tienes alguna idea de dónde pueden estar ahora?

—No. Han desaparecido como tragados por la tierra. Claro está que he indagado con el máximo de discreción, pero, ni aun así, he obtenido el menor resultado.

—¿Sabes algo más de él?

—En absoluto. Ya te dije que su pista se pierde a partir de unos tres años atrás. Todo lo que pudo ser o hacer desde esas fechas, resulta absolutamente desconocido.

—Quizá yo podría darte una solución para averiguarlo —dijo Shearer.

—¿De veras? Te lo agradecería, Norman.

—Ellos no están ahora en Smoky Hills. Haz un viaje allí y entra en la casa. Inevitablemente, ha tenido que dejar sus huellas dactilares en alguna parte.

Audrey asintió pensativamente.

—Puede que lo haga, en efecto —convino.

—Yo he ¡do a buscarla a ella a su casa. El conserje me dijo que no estaba y que no sabe cuándo volverá, ni siquiera si regresará. Incluso ha despedido a la doncella.

—Pero Alitha no tendría por qué temer... A menos que esté de acuerdo con su médico.

—Lo está, al menos para ciertos asuntos. Yo se lo escuché bien claro. El no quiere que Alitha haga una vida normal, en cierto sentido, naturalmente. Alitha le dijo que salvo en lo referente a su tratamiento, todo lo demás es asunto suyo personal. Crawford protestó y la amenazó con abandonarla. Ella se le rió en su propia cara. Más o menos vino a decirle que si ella moría, él se quedaría sin su dinero.

—Están unidos por unos lazos absolutamente repugnantes —calificó Audrey.

—Y por la sangre.

—La sangre de unas mujeres jóvenes y rebosantes de salud, que murieron en los infernales experimentos que él lleva a cabo en Smoky Hills. Pero, ¿qué es lo que hace con esas infelices?

—No tengo la menor idea. Sería preciso encontrar un cadáver y que los patólogos se encargasen de hacerle toda suerte de análisis: así sabríamos de qué murieron esas pobres desgraciadas. Pero ¿quién encuentra un cadáver en aquellos infernales parajes?

Audrey se estremeció, pensando en la horrible muerte sufrida por Tom MacEllis.

—Al menos, ellas ya estaban muertas cuando fueron lanzadas a los manantiales hirvientes —murmuró—. Pero el pobre Tom, caer allí, vivo...

Shearer pasó una mano por encima de la mesa y apretó la de Audrey.

—Ten ánimo —dijo—. Lo primero que puedes hacer es procurarte esas huellas dactilares. Crawford cuenta unos cincuenta años. En algún organismo oficial estarán registradas las suyas. Seguramente, hizo el servicio militar y, por la edad que tiene incluso pudo estar en Corea y no digamos en Vietnam. De este modo, conocerías su verdadera identidad y habrías dado un enorme paso para solucionar este enigma.

Audrey hizo un esfuerzo para sonreír.

—Parece que a ti también te preocupa este caso —dijo.

—Un poco —admitió Shearer—. Me preocupa porque vi a Alitha rebosante de vida y de salud y ansiosa de disfrutar de la existencia... y luego la encontré en su casa, allí en Smoky Hill, y parecía un espectro de sí misma. Ni siquiera pudo ponerse en pie para recibirme.

—Es intrigante, en efecto. Y parece como si ella transigiera con los asesinatos que comete Crawford... para recuperar su salud, a costa de las vidas ajenas.

—Estoy seguro de que sucede algo muy parecido. De todas formas, ellos tienen unos hábitos que parecen invariables, tarde o temprano, regresarán a Smoky Hills. Entonces, será cosa de someterlos a estrecha vigilancia y... En fin. el resto es tuyo, puesto que eres la experta.

—De todas formas, antes procuraré conseguir sus huellas dactilares. Iré en cuanto me quiten la escayola, Norman.

—Allí me tendrás, Audrey

—sonrió él.

—¿Vuelves a Stallman ?

—Sí, aún tengo tarea para dos o tres meses. Pasado ese tiempo, habré terminado y es muy posible que me tome unas largas vacaciones.

Audrey apoyó los codos en la mesa y le miró sonriente.

—Parece que sientes una verdadera vocación por tu profesión —observó.

—No lo creas. Mi mayor ilusión sería hacer algo muy distinto, pero no te lo diré por ahora. Me da vergüenza, ¿sabes?

Ella se echó a reír.

—¿Te las das de tímido, a estas alturas, Norman?

—En ese sentido, quizá. Pero si no tuvieras la pierna escayolada, te haría ver mi auténtica personalidad.

—Prefiero ignorarla —contestó ella, muy encarnada—. Norman, iré a verte en cuanto me sea posible —añadió.

—Estaré en mi casa —aseguró Shearer.

CAPITULO IX

Habían transcurrido dos semanas. Una tarde, Shearer, para descansar, decidió darse un paseo. Casi inconscientemente, tomó la ruta de Smoky Hill y media hora más tarde, atravesaba la zona de los manantiales.

Cuando tuvo la casa a la vista, se paró unos momentos. Audrey no había llegado todavía y se preguntó si él sería capaz de tomar las huellas dactilares. El edificio aparecía silencioso, con las ventanas cerradas, ¿En dónde podía estar Alitha en aquellos momentos?

Tal vez se había marchado al extranjero. No había ninguna reclamación judicial pendiente contra ella. Incluso aunque la hubiera, tenía dinero suficiente para sobornar y comprar voluntades... y pasaportes falsos, se dijo.

Abstraído en sus pensamientos, no se dio cuenta de que no estaba solo, hasta que percibió a sus espaldas una sibilante respiración. Quiso volverse, pero algo le golpeó en la cabeza con tremenda fuerza, causándole inmediatamente una enorme debilidad.

Sus rodillas se doblaron, pero unas fuertes manos le sujetaron por debajo de los sobacos. Vagamente se apercibió de que era arrastrado fuera del camino, pero supo también que, aunque lo deseara, no podía hacer nada por evitarlo.

Delante de sí entrevió las fumarolas de un gran charco de barro hirviente, que parecía hundido en un cuenco de cierta profundidad. Las burbujas se veían a unos tres o cuatro metros del borde, cuyas pendientes eran muy pronunciadas.

El hombre tomó impulso y lo lanzó fuera de la tierra firme. Shearer, desesperado, alargó las manos, intentando buscar un asidero. Encontró unos matojos y se agarró a ellos con las fuerzas que le daba el instinto de sobrevivir.

Sin recobrar por completo el conocimiento, quedó suspendido en el vacío, con los pies a dos palmos de la burbujeante superficie grisácea. El calor era allí insoportable y la atmósfera sulfurosa resultaba apenas respirable.

Trató de buscar con los pies un asidero, pero resbaló y estuvo a punto de caer. Durante unos momentos, procuró mantenerse en la misma posición, a fin de recobrar las fuerzas y conseguir salir de aquel hoyo. Una vez levantó la vista y se sintió horrorizado al ver que el borde estaba fuera del alcance de sus manos.

Gritó frenéticamente, pero dudaba de que nadie oyera sus voces de socorro. Por otra parte, los hierbajos no eran muy fuertes. Oyó

un chasquido y vio horrorizado que una raíz había saltado al descubierto.

El barro hervía bajo sus pies. Le pareció que eran las fauces de un dragón, esperando que cayera en ellas, para devorarlo en un santiamén. Chorros de sudor corrieron por su frente y las mejillas y llegaron hasta su cuerpo. De nuevo volvió a gritar, pero sabía que era un esfuerzo inútil.

Una vez más, tanteó con los pies, pero la pared estaba húmeda y resbaladiza y no había ningún saliente. Sintió un nudo en la garganta. Acabaría cocido, como MacEllis, pensó, sollozando de pánico.

Otra rama chasqueó ominosamente. Un terrible aullido brotó de sus labios. Además, las fuerzas empezaban a fallarle. Aunque el matorral resistiese, ¿cuánto podría aguantar él en tan crítica situación?

Repentinamente, oyó algo que le pareció el sonido de una voz celestial, a pesar de que las palabras no tenían nada de angelicales.

—¡Por todos los diablos! ¡Norman! ¿Qué rayos haces ahí? Shearer alzó los ojos. Creyó soñar al ver a Elsa Smith.

—Por el amor de Dios... No puedo resistir ya mucho... Una cuerda, Elsa, una cuerda... — jadeó.

—Aguanta un segundo —pidió ella—. Vuelvo en seguida, Norman.

Elsa desapareció de su vista, pero se hizo visible pocos momentos después. Tenía una cuerda en ¡a mano, con un lazo al final, y la lanzó por el borde.

—Agárrala primero con una mano, mientras te mantienes con la otra —dijo—. Cuando notes el tirón suéltate del matorral y agárrate a la cuerda con ambas manos. Yo te remol- caré con el coche, ¿entendido?

—Si, sí...

Shearer hizo lo que le decían. Su mano derecha se cerró con fuerza en torno a la soga.

De pronto, notó que la cuerda se tensaba hacia arriba.

Alargó la otra mano. Una fuerza invisible tiró de él, izándole a la tierra firme. Sus manos crispadas seguían aún en la soga y sintió que era arrastrado unos metros por el suelo, antes de detenerse.

Agotado, quedó boca abajo, exhausto, incapaz de moverse. Elsa llegó corriendo y se arrodilló a su lado.

—Dios mío, Norman... Pero ¿qué te ha sucedido? ¿Cómo pudiste cometer la imprudencia de asomarte a ese maldito pozo? ¿Es que no sabes que los gases pueden aturdir a una persona y hacerle

caer en uno de ios charcos de lobo hirviente?
Shearer alzó la cabeza un poco y miró a la joven con un solo ojo.
—Elsa, no me caí; me
arrojaron —contestó.
—¡Norman!
—Ya lo has oído. Si no me crees, toca mi cabeza y verás el bulto que me hizo el tipo que me golpeó. ¿Piensas que soy tan tonto como para abandonar el camino sólo para ver algo que es tan común eh este lugar?
Ella paseó una mano por
su cabeza y asintió.
—Sí, tienes un buen bulto —dijo—. Pero, ¿quién te atacó?
—Eso es lo que me gustaría saber. Si Crawford estuviese en la casa, diría que ha sido él, pero ahora nadie sabe dónde está... Por cierto, ¿qué haces tú con la camioneta en este sitio?
—Bueno, hoy ha ido Hettie a limpiar un poco la casa y me dijo que fuese a llevar algunas provisiones. A la señora Sinclair no le gusta llegar inesperadamente y encontrarse sin comida. Lo hago siempre...
—¿Sabes si van a venir? —preguntó él ansiosamente, ya sentado en el suelo.
—Lo ignoro. Sólo te puedo decir que tenemos el encargo de procurar que la despensa y el frigorífico estén siempre bien provisto. Yo dejo la factura en lugar visible y luego, cuando ellos vuelven, me envían un cheque con Hettie.
—Está bien. Elsa. Puedes estar segura de que me has salvado la vida. Nunca te lo agradeceré lo suficiente. ¿Oíste mis gritos?
—Se te habría escuchado a una milla de distancia —rió ella—. Debió de ser el pánico, ¿verdad?
—No te puedes imaginar el miedo que he pasado. ¿Vas a Smoky Hill?
—St. Puedes esperarme aquí y te llevaré a tu casa...
—Te
lo
agradeceré,
Elsa.
Ella
se
levantó
ágilmente.
—Será cuestión de media hora —aseguró.
Shearer se contempló con lástima al quedarse solo. Estaba terriblemente sucio y hasta tenía un desgarrón en la ropa, pero lo más importante era que había salvado la vida.

Lo cual no dejaba de ser confortador. Pero, al mismo tiempo, se sentía sumamente intrigado. Porque surgía una pregunta inevitable:
—¿Quién me atacó y quiso hacerme desaparecer del mundo de los vivos?

*
*
*

Regresó del pueblo decepcionado y dejó la bicicleta apoyada en la pared de la casa. Metió la llave en la cerradura, la hizo girar y cruzó el umbral.
Olor de café llegó inmediatamente a su nariz. Una voz de mujer sonó en la cocina:
—¿Norman?
—¡Audrey! —gritó él, estupefacto.
—El café estará en seguida —anunció la joven.
Shearer corrió hacia la cocina. Audrey, ataviada con blusa y pantalones, volvió la cabeza, para sonreírle por encima del hombro.
—Vengo del pueblo, porque quería llamarte a fin de tener noticias tuyas —explicó él—. Me dijeron que te habías marchado y que no sabías cuándo regresarías...
—Hoy mismo me vuelvo a Boston, Norman.
—¿Tan pronto?
—Es inevitable. He conseguido lo que deseaba. Lo que tú me aconsejaste —añadió.
—¿Las huellas dactilares de Crawford?
—Sí.
—Habrás entrado en la casa...
Audrey sonrió maliciosamente, a 1a vez que le entregaba una taza llena.
—Smoky Hill y tu casa estaban cerradas con llave —contestó significativamente.
—Por fortuna, no te da por robar —contestó él alegremente—. ¿Qué más noticias tienes?
—Por ahora, nada más. ¿Has conseguido tú algo?
—En cierto modo. Mírame, Audrey; estás hablando con un hombre que estuvo a las puertas de la muerte.
Ella abrió la boca, atónita.
—¿Hablas en serio?
—Te lo contaré todo...
Cuando Shearer hubo terminado su relato, Audrey sé sintió muy preocupada.
—Podría hablarse de un cazador furtivo, pero esto no tendría

sentido. El cazador sabría que no le denunciarías y a ti te importarían muy poco sus actividades. Y no hay maridos celosos ni amantes desdeñadas, me parece.

—Audrey, eso es una solemne tontería —protestó él—. Pienso que fue el propio Crawford.

—Pero ¡si no está!

—¿Cómo podemos asegurarlo? ¿Quién más tendría interés en borrarme del mundo de los vivos?

—Tú acabas de decir que ni Elsa Smith ni Hettie le han visto y que la casa estaba cerrada.

¿Por qué había de ser él?

—¿Y si vino subrepticiamente por algún motivo que desconocemos? La mayor parte del tratamiento se sigue aquí. Acaso necesitaba alguna medicina elaborada por él mismo, apuntes... anotaciones...

—Es posible —dijo ella—. Bien, de todos modos, me alegro de que hayas salido con vida. Procura ser más cuidadoso en otra ocasión.

—No temas, no volveré a Smoky Hill, a menos que esté ella...

y que me llame. Audrey sonrió.

—Es guapa, ¿verdad?

—Tiene una belleza un tanto exótica..., pero tú no te quedas a la zaga.

—No me adules, tonto —contestó Audrey con cierta aspereza, a la vez que se colgaba el bolso del hombro.

—¿Te marchas ya?

—Sí. Quiero regresar hoy mismo a Boston. Necesito saber cuanto antes la verdadera personalidad de Crawford. Sospecho que ese apellido es un seudónimo, ¿sabes?

—¿Tienes motivos para sospechar?

—Ningún médico de mediana reputación le conoce ni ha oído hablar de él. ¿Te parece motivo suficiente?

—Desde luego. Me gustaría hablar contigo para saber ese dato, si no te importa.

—Tardaré algunos días. Llámame, por ejemplo, la semana próxima.

—Muy bien. Ah, una pregunta, Audrey.

—Dime, Norman.

—

¿Cómo

está

Jean?

Audrey

se

puso

seria.

—Ha empeorado —contestó—. El tratamiento ya no surte efectos
—Salúdala en mi nombre y dile que le deseo lo mejor, Audrey.
—Así lo haré —prometió ella. Shearer la acompañó hasta la puerta.
—¿Dónde está tu coche? —preguntó, sorprendido.
—No te preocupes; lo escondí bien para que nadie lo viera... ni nadie, excepto tú, supiera que he venido a Stallman. Hasta la vista. Norman.
—Que sea pronto —sonrió él.
Audrey hizo un gesto afirmativo y, con paso desenvuelto, echó a andar hacia el pueblo. Shearer estuvo contemplándola, hasta que la vio desaparecer en la próxima revuelta del camino. Luego, suspirando, entró en la casa de nuevo y se puso a trabajar.

CAPITULO X

Se oyó el chirrido de unos frenos de automóvil. Shearer se acercó a una ventana y divisó la camioneta de Elsa. Anochecía ya y Elsa apagó las luces del vehículo antes de desem- barcar. Luego se apeó y avanzó hacia la casa.

Shearer abrió la puerta. Elsa llegaba con el cuerpo cubierto por un largo impermeable que casi llegaba hasta los tobillos. Al joven le extrañó sobremanera aquella rara indumentaria, sobre todo si se tenía en cuenta la excelente temperatura reinante y la ausencia de nubes en el cielo.

—Me sorprendes —confesó—. Francamente, no te esperaba. Elsa emitió una extraña sonrisa.

—Me has tenido abandonada mucho tiempo, Norman —respondió.

—Bueno, mujer... No me pareció prudente...

—Vas a comprar a nuestra casa y no me dices «ven esta noche a tomar una copa conmigo»... En fin, lo de Mahoma y la montaña, ¿comprendes?

—Y yo soy la montaña, claro.

—Puesto que no ha venido a mí, yo vengo a ella.

Bruscamente, Elsa se abrió el impermeable y enseñó la ropa que llevaba debajo, toda de encajes negros, lo mismo que las medias y los zapatos. El tejido era casi transparente. Cubría el cuerpo, pero apenas lo ocultaba.

Riendo incitante, adelantó una pierna.

—¿Te gusta el espectáculo?

—Muchísimo.

Era una actitud casi torpe, pero el opulento cuerpo de Elsa estaba envuelto en una poderosa aura sensual, que le hizo sentirse débil. Se apostrofó a sí mismo, diciéndose que debía resistir, pero las ardientes caricias de la mujer le derrotaron por completo.

Transcurrido un buen rato, Elsa se levantó, a la vez que soltaba una risita.

—He traído cigarrillos —dijo.

—Bueno, si tanto te empeñas, aceptaré uno —sonrió él, con las manos bajo la nuca. Fumaron en silencio un buen rato. Luego ella le hizo una pregunta:

—¿Cómo te encuentras, Norman?

—¿No lo has notado? —contestó Shearer.

—Oh, yo no me refería a eso... Quería saber si se te ha pasado el susto, después de lo que te ocurrió hace días.

—Bueno, no digo que lo he olvidado, aunque sí he superado aquel

mal trago. Otra vez te doy las gracias, Elsa.
—No se merecen —rió ella—. Si hubieras muerto, no habría podido pasar ahora un rato tan agradable.
—No sabes cuánto lo celebro.
—Norman, dime, ¿tienes idea de quién quiso matarte?
—Las sospechas no son base para lanzar una acusación —respondió Shearer.
—¿Te refieres a Crawford?
—Si no fue él, dime, ¿quién me atacó?
—Pero, ¿por qué, en tal caso?
—No lo sé. Seguramente, le molesto. Acaso tiene celos de mí. No le gusta que hable con la señora Sinclair.
—¿Es cierto lo que dices?
—Si, pero eso a ella no le importa en absoluto. Se lo dijo bien claro.
—Matar por celos... Bueno, hay temperamentos, Norman. Pero no debe de ser buen médico.
—¿Por qué dices eso, Elsa? —se sorprendió el joven.
—Oh, tanto tiempo tratando a su paciente y no consigue mejorarla... Cada día está peor...
Shearer se incorporó sobre un codo y !a miró fijamente.
—¿Has visto a la señora Sinclair? —preguntó.
—No, hace mucho tiempo que no la veo. Hice un comentario solamente, Norman. Pero ella no tiene remedio. Necesitaría que le cambiaran la sangre por completo, ¿entiendes? Y, aunque Crawford diga que es muy competente, eso es algo absolutamente imposible. Además, ¿quién iba a querer dar toda su sangre para que ella se curase? El donante moriría, ¿no te parece?
—Claro, tienes mucha razón. —Shearer pellizcó una de sus rollizas caderas—. Pero a ti eso no debe preocuparte; estás tan sana como una manzana recién cogida del árbol.
—Bueno, al menos, en mi salud no tengo queja. Tú tam poco, me parece —contestó Elsa con una risilla de complacencia.
—Ninguna, preciosa.
Elsa sacó el pecho orgullosamente.
—Dime, ¿no soy más atractiva que Alitha Sinclair?
—Lo eres... —Shearer se incorporó sobre un codo—. ¿Por qué la has mencionado en ese aspecto? —inquirió súbitamente.
—No trates de hacerte el ingenuo. Tú la has visitado alguna vez en Boston. —Elsa guiñó un ojo—. Pero no vale ni la cuarta parte de lo que valgo yo, ¿eh?
—Claro, claro —contestó él, un tanto desconcertado.
—¿Y qué me dices de la chica detective? También es bonita, pero escuálida, ¿no crees?
¿Hace mucho que no la has visto?

—Bastante. No sé qué hace ahora.
—Meter las narices por todas partes, supongo. Pero en Smoky Hill no pasa nada. No sé por qué tiene que molestar a mis clientes. Son personas bastante raras, pero que no ha- cen daño a nadie.
—Desde luego, tienes razón Elsa.
Ella se le arrojó encima y empezó a besarle ardientemente. Shearer se dejó llevar de nuevo por la pasión y se olvidó de todo con las volcánicas caricias de la mujer que tenía junto a él.

Elsa se marchó más tarde y Shearer se durmió muy pronto, pero, sin saber por qué, despertó antes de tiempo, cuando todavía era de noche. Desvelado, se sentó en la cama, encendió la pipa y fumó en la oscuridad, tratando de recordar todas las frases que había pronunciado Elsa durante la conversación.

Una horrible sospecha le asaltó de pronto. En aquel instante, tuvo la casi total certeza de que Elsa no había ido a verle sólo por el capricho de pasar un rato agradable a su lado.

¿Y si Crawford y Alitha estuviesen en la casa?

El edificio era grande y había sitio de sobra para permanecer ocultos, sin que lo supiera nadie, excepto... ¿Elsa?

En aquellos momentos, le habría gustado estar con Audrey, para comentar el asunto.

Ella, quizá, podría aconsejarle...

—Audrey, ¿dónde diablos estás? —masculló, irritado por la falta de noticias de la joven.

*

*

*

Jean Fenneth abrió mucho los ojos cuando Audrey le hubo relatado todo cuanto había conseguido averiguar con sus investigaciones.

—De modo que fue así —dijo la primera.

—No pudo suceder de otro modo. La falta de noticias de tu hermana Molly, las desapariciones de otras muchachas jóvenes y rebosantes de salud...

—Lo hace por ella, ¿verdad?

—Ese parece ser el motivo, Jean. Lo siento, parece que, como investigadores, no hemos sido lo que se dice unos ases.

—Molly fue siempre un poco independiente. Era menor que yo y se sentía frustrada porque no tenía acceso a la administración de nuestros bienes. Era una disposición testa- mentaria de nuestros padres, aunque, claro, dejaría de resultar efectiva cuando cumpliese

los veintiún años. Entonces, le entregaría la mitad de nuestra fortuna.

—¿Crees que se marchó por despechó?

—Estoy segura de ella —respondió Jean—, Y tú estás convencida de que ese doctor la mató con sus diabólicos experimentos.

—Convencida, pero sin pruebas que pueda presentar ante la policía. Jean esbozó una sonrisa.

—Has hecho todo cuanto estuvo en tu mano y nunca lo agradeceré bastante, Audrey.

Por desgracia, el tiempo que me queda para mostrarte mi gratitud es muy breve —dijo.

Audrey estudió las facciones de su amiga, en las que ya se reflejaba el implacable avance de la enfermedad que la corroía.

—Jean, si yo pudiera hacer algo...

—Lo sé, pero no hay remedio para mí —le interrumpió Jean—. No te apenes; estoy resignada a lo inevitable.

Audrey hubiese querido gritar, protestar a voz en cuello contra la injusticia que suponía la inminente muerte de su amiga, en la flor de la edad, hermosa como ninguna, con dinero... Valerosamente, trató de contener las lágrimas que afluían a sus ojos.

—Vendré muy pronto a verte, Jean —prometió—. Tengo que hacer algunas cosas imprescindiblemente...

—Tienes un trabajo, no lo descuides. Y no te preocupes por mí, querida.

Audrey se marchó, terriblemente afligida. Tenía que ir a Stallman, pero dudaba entre hacerlo o quedarse junto a su amiga. Sin embargo, lo que había descubierto le aconsejaba realizar el viaje. Y, bien mirado, serían solamente dos o tres días los que estaría separada de Jaén. Su amiga estaba viviendo sus últimas jornadas y no quería dejarla sola.

Mientras Audrey reflexionaba, de vuelta a su casa, Jean, sentada ante un escritorio, estaba llenando unas cuantas cuartillas con unos mensajes que quería fuesen leídos después de su desaparición de este mundo.

* * *

Al día siguiente, a una hora bastante temprana, Audrey se dispuso a emprender viaje a Stallman. Al pasar por el vestíbulo, se acercó a su casilla de correos y extrajo algunos sobres que hojeó rápidamente.

Uno de ellos atrajo especialmente su atención, porque no llevaba

sellos de correos, lo que indicaba había sido depositado a mano. Rasgó el sobre y, con gran sorpresa, encontró otro, en cuyo anverso había unas palabras que le hicieron estremecerse:

PARA ABRIR DESPUES DE MI
MUERTE

Audrey apretó los labios. Jean quería decirle algo, pero debería esperar a que la enfermedad hubiese acabado con ella. Hizo un esfuerzo, sorbió un poco y salió a la calle. Shearer vio su coche poco después de las cuatro de la tarde. Abrió la puerta y salió a! encuentro de la recién llegada, de cuyas manos se apoderó en el acto.
—Estaba esperándote con impaciencia —confesó.
—¿No me llamaste por teléfono?
—No me pareció prudente. Anda, ven, entra en casa...
Audrey sacó un maletín de viaje del coche. Shearer la liberó del peso y asió su brazo para caminar juntos.
—Tengo café preparado. Puedes irte a lavar las manos, mientras lo traigo a la sala.
—Está bien.
Audrey volvió minutos más tarde, quitándose la chaqueta que formaba parte de su indumentaria, para quedarse con la blusa y la falda. Aceptó la taza que le ofrecía el joven y tomó el café pensativamente.
—Norman —dijo al cabo—, me diste una buena idea. Gracias a las huellas, he conseguido averiguar quién es Crawford en realidad.
Shearer empezó a cargar su pipa.
—Te escucho —manifestó.
—Su verdadero nombre es Kenwall y hubo un tiempo en que era una autoridad mundial en hematología. Sin embargo, algunas de sus teorías resultaban demasiado avanzadas y ello le atrajo la hostilidad de los de su clase. Pero no te vayas a creer que es el caso del científico progresista e incomprendido por sus colegas. Hubo algo más que experimentos. Hubo un par de muertes y él resultó culpable. Por eso, antes de que lo condenaran, desapareció por completo, de una forma tan absoluta, que todo el mundo llegó a creerlo muerto.
—Audrey, ¿qué clase de experimentos?
Ella le miró fijamente.
—Transfusión total de sangre, no unos centímetros cúbicos, ni

siquiera medio litro, sino toda la sangre del donante. Como puedes comprender, el donante falleció en ambos casos.

—Comprendo. Hemos de suponer, por tanto, que ha hecho lo mismo en Smoky Hill.

—Será difícil que lo probemos, pero estoy plenamente convencida de que ha sido así, Norman.

—Es decir, algunas mujeres mueren, para que Alitha pueda vivir.

—Sí. Hay más: todas las desaparecidas tenían el mismo grupo sanguíneo que la señora Sinclair. Por supuesto, ya que, de otro modo, la transfusión hubiera sido imposible, ni si- quiera parcial.

—Audrey, tenemos que hacer algo. ¿Se te ha ocurrido alguna idea? Ella abrió los brazos.

—Sinceramente, me encuentro desorientada por completo —respondió—. ¿No eres tú capaz de aconsejarme?

—Quizá sí —dijo Shearer.

—Dime, por favor —rogó Audrey ansiosamente.

—Pienso que deberíamos interrogar a Elsa Smith. No sé por qué, sospecho que se ha pasado al bando de Crawford. Es más, incluso presiento que ellos están aquí, aunque ofi- cialmente se encuentren en paradero desconocido.

CAPITULO XI

Shearer habló durante un buen rato, exponiendo sus teorías. Cuando terminó, Audrey reflexionó en silencio algunos momentos. Luego hizo un gesto de aquiescencia.

—Creo que sí —concordó—. Todo lo que has dicho, me parece perfectamente razonable. Pienso que ellos se dan cuenta de que las horas se les acaban, que no pueden seguir atrayendo mujeres jóvenes y sanas, para que, con su sangre, pueda revivir Alitha. Y aquí, es el último sitio donde se les buscaría. porque se dan cuenta de que sospechamos de ellos y pretenden hacernos creer que se han fugado al extranjero.

—Por eso él intentó matarme, pero actuó con demasiada precipitación.

—Y Elsa te salvó.

—Sí, pero me resulta incomprensible. Si está de su lado, ¿por qué no me dejó morir? Audrey sonrió.

—Tal vez te consideró un caso aparte. O puede ser que esté jugando con dos barajas.

—¿Tú crees?

—Si Crawford le ha persuadido de que se pase a su bando, lo habrá hecho mediante el dinero. Ese individuo ya no tiene la apostura de la juventud, aunque se conserve muy bien todavía. La cosa sería distinta si tú estuvieses en lugar de Crawford.

—Gracias por creer en mis dotes de conquistador —rió él.

—Procuro emplear la lógica, tonto. Además, Elsa tiene todas las características de la mujer pueblerina, con un negocio: energía, activa y... avariciosa.

—Capaz de cualquier cosa
por unos billetes.

—Por lo menos, capaz de cerrar los ojos ante lo que, por el momento, no son sino sospechas. Crawford, naturalmente, no le habrá contado todo; puede que incluso le haya relatado alguna fantástica historia de persecución injusta. Y ellos, no lo olvidemos, son buenos clientes de Elsa y su hermano.

—Sí, todo parece concordar —admitió Shearer—. ¿Te parecería bien que procurase sonsacar a Elsa?

—Tendría que marcharme de aquí —contestó Audrey. —Oh, iría al pueblo...

—Eso no daría resultado. La conversación debería tener lugar en algún sitio donde no se os viese. ¿Por qué no esperamos a mañana? Esta noche me gustaría ir a Smoky Hill, para comprobar si, efectivamente, están allí Crawford y la señora Sinclair.

—Estoy de acuerdo contigo. Iremos juntos. Pero hay algo que me extraña, Audrey — dijo el joven.

—¿Qué es, Norman?

—Tú me has contado todo lo referente a tu amiga Jean. El doctor Lowe mencionó a otro especialista, el único, quizá, que podría curarla, esto es Kenwall. Si Crawford es Kenwall. ¿por qué no se lo mencionaste?

—Ya lo pensé, Norman. Pero existen dos inconvenientes insalvables. El primero es que la enfermedad de Jean está ya en una fase muy avanzada, totalmente irreversible. Y el se- gundo es que para curarse, suponiendo que lo admitiera, habría tenido que recurrir al mismo procedimiento que la señora Sinclair.

—Comprar la sangre ajena

—murmuró él.

—Y las vidas también —

añadió Audrey.

Callaron durante unos momentos. Luego, ella, de pronto, dijo:

—Norman, me siento muy cansada. ¿Tendrías inconveniente en que tomase un baño para relejarme?

—Oh, en absoluto. Mientras, prepararé una suculenta cena. Pero no me tires los platos a la cabeza, si el menú no resulta de tu gusto.

Audrey se echó a reír.

—Tengo un estómago de avestruz —contestó.

—Con perdón de los avestruces.

Se miraron un momento sonriendo y luego él, de pronto, la besó en una mejilla.

—Eres una buena chica —elogió—. Anda al baño y procura reconfortarte. Llévate un vaso con algo que te reanime por dentro. Tengo un whisky estupendo y unos traguitos te sentarán muy bien.

* * *

Estaba en la cocina, trasteando con los cacharros, cuando, de pronto, oyó la voz de Audrey:

—¡Norman! ¿Quieres traerme un cigarrillo, por favor? El tabaco y el encendedor están en mi bolso...

—¡Ahora mismo, encanto! —respondió él.

Se secó las manos con el delantal y volvió a la sala. Tenía tabaco en su dormitorio, pero pensó que quizá Audrey preferiría su propia marca. Encontró el bolso, lo abrió y tras sacar el paquete de cigarrillos y el encendedor, se dispuso a llevárselos a la joven.

Entonces vio el sobre y la curiosidad le hizo examinar el anverso. Después, profundamente intrigado, fue al baño.

—Entra —dijo ella, después de que oyó los nudillos en la puerta.

Shearer franqueó el umbral. Audrey estaba sumergida hasta el cuello en la espuma.

—Enciéndeme uno, por favor —sonrió.

—Audrey, perdona —dijo él, después de entregarle el cigarrillo—, pero he visto algo en tu bolso. ¿Debo deducir que ese sobre contiene algún mensaje de tu amiga Jean?

—Sí —contestó ella—. Supongo que no se te ocurrirá abrirlo...

—Yo, no, pero, si estuviese en tu pellejo, sí lo abriría.

—Oh, vamos. Norman; Jean lo dice bien claro. Sólo debo, abrirlo después de que haya muerto.

—Lo sé, lo sé, pero... Mira, Audrey, en todo este asunto hay cosas muy extrañas y que no tienen aparente explicación. No debemos olvidar que la hermana de Jean, Molly, es una de las que suponemos asesinadas por Crawford.

¿Y si Jean dice algo que pueda ayudarnos a esclarecer el caso?

—No se me había ocurrido, la verdad —dijo ella, muy preocupada —. Sólo se me ocurrió pensar que era como una especie de última voluntad...

—¿Y si anunciase su suicidio, por ejemplo? Quizá no quiera aguardar al último momento... —Shearer meneó la cabeza—. Disculpa mi insistencia, pero creo que debes enterarte de lo que contiene el sobre. Quebrantas la voluntad de Jean, es cierto, pero las circunstancias no son para andarse con ciertos remilgos. Además, con no decírselo...

—Me has convencido —declaró Audrey—. Anda, trae el sobre, por favor.

—Gracias.

Shearer vino a poco con el sobre en las manos. Ella hizo un gesto.

—Abre y léelo tú mismo —
indicó.

Se oyó un ruido de papel rasgado. Luego, Shearer extrajo una cuartilla y empezó a leer:

> —«Querida Audrey: Cuando abras esta carta, yo ya no estaré en el mundo de los vivos. Lo primero que debes saber es que me he acordado de ti en mi testa mento. Puesto que no puedo expresarte mi gratitud de otro modo, lo haré en una forma más práctica. Así podrás hacerte tú misma el regalo de boda que a mí me será imposible enviarte, cuando te cases con ese profesor...»

Shearer se interrumpió de pronto.

—Pero, ¿qué dice esta mujer? —

exclamó. Audrey estaba colorada hasta las orejas.
—Sigue —pidió, muy turbada.
El joven la contempló con cierta suspicacia.
—Le has hablado de mi, ¿eh?
—Somos muy buenas amigas. Prácticamente, no tenemos secretos la una para la otra... Pero sólo hice algunos comentarios sin importancia...
—Audrey, se dice que cuando una persona está próxima a morir, adquiere ciertas facultades de clarividencia, que le permiten ver el futuro.
—Jean bromeaba cuando escribió eso —contestó ella, muy incómoda.
—Bueno, ya hablaremos más adelante. Continúo: «...y ahora, podrás saber por fin, cómo pienso acabar con el criminal que mató a mi hermana. Puesto que quiere sangre, tendrá sangre...»
Shearer siguió leyendo hasta terminar el mensaje. Cuando levantó la vista, apreció una horrible palidez en el rostro de Audrey.
—Dios mío —murmuró la joven—, ¿Será capaz...? Shearer dobló la carta, que guardó de nuevo en el sobre.
—Convendría que te vistieras —dijo—. La noche está cayendo, pero no podemos perder un segundo más de lo estrictamente necesario. ¡Hemos de ir a Smoky Hill inmediatamente!
—Sí, Norman; estaré lista en pocos minutos —contestó Audrey. Apenas se marchó el joven, salió de la bañera y empezó a secarse.
—Oh, Jean. Jean —murmuró, con un gemido—, ¿Por qué no me lo dijiste antes? Presentía que iba a suceder algo horrible y no tenía la seguridad de llegar a tiempo para evitarlo.

*
*
*

Alitha se quejó sordamente, a la vez que se agitaba nerviosamente en el lecho.
—No lo puedo soportar más... Robur, tienes que hacer algo... Sal por ahí; compra sangre a cualquier precio... Hay dinero de sobra, paga lo que te pidan...
Crawford lanzó un gruñido.
—Tienes que aguardar un poco todavía. Ella no tardará mucho en

llegar. Me lo ha comunicado por telegrama.
—Pero no sabe que estamos aquí...
—Se lo envió a Elsa Smith. Así lo acordamos en la última conversación telefónica...
—¿Y no podrías hacer algo entretanto? No puedo soportarlo más...
—sollozó Alitha. Crawford contempló unos instantes a la mujer, que parecía una sombra de sí misma. Luego, desesperado, abandonó la habitación y descendió a la planta baja.
Entonces, sorprendido, vio a Elsa.
—¿Qué haces aquí? —preguntó.
Ella movió los dedos índice y pulgar significativamente.
—Quiero algo más que promesas, doctor —contestó.
Hubo un instante de silencio. Crawford estudiaba el semblante de la mujer que tenía ante sí. Era fuerte, sana, rebosante de salud. Podría servir, si su grupo sanguíneo coin- cidía...
—Elsa —dijo al cabo—, te pagaré no ya lo prometido, sino diez veces más..., si me vendes medio litro de tu sangre.
—¿Cómo dice? —se escandalizó.
—Sólo medio litro... Primero examinaré tu grupo sanguíneo...
—Ni lo sueñe, doctor. Estaría loca si lo hiciese. Pero ¿qué se ha creído usted...? Crawford se enfureció.
—Lo harás, te guste o no —aulló, fuera de sí.
Elsa sintió miedo. Los ojos de Crawford parecían de fuego. De súbito, giró sobre sus talones y echó a correr.
Crawford la alcanzó, pero ella le dio un codazo en el estómago que le dejó momentáneamente sin respiración. Aprovechando aquel instante de respiro, Elsa se precipitó al exterior.

Pero el hombre se había recuperado muy pronto y corrió tras ella. Elsa llegaba ya a la camioneta, cuando el poderoso brazo de Crawford tiró del suyo.

Elsa luchó como una tigresa. Enloquecida de pánico, consiguió escapar de nuevo, pero ahora sabía que ya no podía usar la camioneta y corrió a lo largo del camino, chillando desesperadamente.

Crawford la siguió, frenético de ira. Ella estaba enloquecida de miedo y el pánico ponía un velo en sus pupilas.

De pronto, sintió que el suelo fallaba bajo sus pies.

Un alarido desgarrador brotó de su garganta. Desesperada, quiso agarrarse a algo, pero no encontró ningún asidero.

El calor abrasador empezó a subir por sus piernas, sus caderas, su vientre, su pecho... Abrió la boca para gritar una vez más y lo único que pudo conseguir es que una oleada de fuego inundase sus pulmones. Casi se alegró de saber que llegaba la inconsciencia que la libraría de aquella horrible muerte.

Crawford se detuvo unos momentos al pie del manantial de fango en ebullición. Lanzó un horrible juramento y, furioso, se agachó y arrojó una piedra al barro. Pero ya no veía el objetivo debido a la oscuridad de la noche.

Lentamente, emprendió el regreso a la casa. Todo estaba a punto de terminarse ya. La situación había llegado a límites absolutamente insoportables.

Sólo le quedaba una solución: abandonar, antes de que fuese demasiado tarde. En la casa había una caja con una fuerte suma de dinero en billetes de Banco. Se marcharía, abandonando a su paciente, se procuraría una nueva personalidad y...

Cuando se disponía a abrir la puerta, se vio enfocado por el doble haz luminoso de unos faros de automóvil, de cuya llegada no se había percatado, abstraído en sus amargas reflexiones. Volvió la cabeza y oyó una voz:

—¡Doctor Crawford? —dijo la mujer —. Soy Jean Miller... El rostro del sujeto se iluminó.

—Ah, señorita Miller —exclamó—. No sabe cuánto celebro su llegada. Estábamos esperándola con impaciencia, créame.

Jean se apeó y avanzó sonriendo al encuentro del individuo.

—Aquí me tiene, doctor —exclamó. Crawford estrechó su mano.

—Pase, tenga la bondad —invitó.

De pronto, se percibió un ligero estremecimiento en el suelo.

—¿Qué es eso? —se alarmó la joven.

—Oh, no tiene importancia... Estamos en una zona volcánica y la tierra, a veces, trepida. Pero no hay peligro de terremotos ni nada que se le parezca remotamente. Entre, entre sin temor, señorita Miller.

—Gracias, doctor.

CAPITULO XII

Avanzaban cautelosamente por el camino, iluminándose con una potente linterna, cuya luz, sin embargo, enfocaba Shearer hacia el suelo, a fin de evitar que el resplandor fuese visto desde la casa. En torno a ellos, reinaba una oscuridad absoluta.

La atmósfera era sofocante. Sólo se oía el sordo «plo-plo» de las burbujas que estallaban en la superficie de los manantiales. El ambiente, pensó Audrey, era impresionantemente siniestro.

Pasado un buen rato, Shearer se detuvo.

—Creo haber visto algo de luz...

—Entonces, es cierto, están allí —dijo ella.

—Ya no me cabe la menor duda. Sigamos.

Shearer seguía moviendo la lámpara a derecha e izquierda, a fin de evitar un funesto paso en falso. De pronto, vio algo que le hizo estremecerse de horror.

—¡Dios mío!

Audrey oyó su exclamación y se apretó contra él. La luz de la linterna iluminó un par de manos, crispadas en torno a unos hierbajos resecos. Un poco más allá, asomaba apenas una cabeza humana, de la que sólo se divisaban los cabellos.

Shearer pasó la linterna a la muchacha.

—Alúmbrame —pidió.

—Ten cuidado —rogó Audrey.

El joven se acuclilló, agarró las manos y tiró de ellas ha-
cia sí. Pero algo falló y cayó sentado primero y luego con los pies por alto.

Audrey lanzó un alarido, al ver que los huesos de las manos y los antebrazos se descarnaban bruscamente. Sintiéndose acometida por una náusea incontenible, se volvió a un lado y empezó a vomitar.

Shearer arrojó lejos de sí aquellos horribles despojos. Dominando sus bascas, recobró la linterna y la enfocó hacia el charco de nuevo. El tirón, a pesar de todo, había conseguido sacar un poco el cuerpo fuera de la charca. Horripilado, reconoció las facciones de Elsa.

Retrocedió. ¿Cómo había ido a parar Elsa a aquel lugar?

Volvió los ojos hacia la casa, a unos quinientos metros. Había luces. Crawford estaba allí, no cabía duda.

—Audrey —llamó.

Ella estaba limpiándose los labios.

—Perdona, no he podido evitarlo... Ha sido demasiado horrible...

—Lo comprendo. No tienes nada que reprocharte, pero... deberíamos continuar. Es decir, si te sientes con fuerzas.

—Sí. sí, tenemos que seguir adelante, pase lo que pase. Norman.
—Muy bien. Era Elsa —dijo él—. Ya averiguaremos cómo vino a parar a la ciénaga. Obligaremos a Crawford a que nos diga la verdad.
—Quizá nos ataque, pero tengo un revólver —confesó Audrey.
—Conforme, pero no lo uses, salvo en un caso extremo.
—Sí. Norman.
Minutos después, llegaban a la casa. Shearer vio allí la camioneta de Elsa y otro automóvil. Audrey, ya recuperada, se acercó al segundo y lo examinó con atención.
—¡Norman! —exclamó súbitamente—. ¡Es el coche de Jean!
—¿Estás segura? —preguntó él.
—Absolutamente. Lo conozco muy bien...
—Entonces, ya no hay duda posible. ¡Jean está ahí adentro!

*
*
*

Sin protestar, sonriendo levemente, Jean se tendió en la mesa y dirigió una sonrisa a Crawford.
—Confío en usted, doctor.
—Gracias, señorita Miller. No debe temer nada; cualquiera puede donar impunemente tres o cuatrocientos centímetros cúbicos de sangre. Ahora bien, yo tengo por costumbre dormir a mis pacientes, con un ligero sedante; cuestión de una hora solamente. Algunos son muy impresionables...
—Comprendo, doctor. Obre como guste.
—Gracias de nuevo.
Crawford trabajó activamente durante unos minutos. Luego se acercó a la joven con una jeringuilla de inyecciones en la mano.
—Una hora y despertará sin el menor contratiempo —aseguró.
Jean vio el émbolo que empujaba el anestésico a sus venas. Cuando Crawford hubo retirado la aguja, sonrió y dijo:
—Doctor, quiero expresarle algo. No es que desconfíe de usted, pero la verdad... Si me ocurriese algo, por favor, he dejado una carta en mi bolso. Envíela al destinatario, se lo ruego.
Crawford se echó a reír.
—Es usted muy aprensiva, señorita. Le he garantizado...
—A pesar de todo, doctor. Por lo menos, sepa que existe esa carta.
—Tranquilícese, señorita. Todo irá con normalidad. Muy pronto se dormirá usted y... Jean cerró los ojos. Era su último sueño, pensó.
Rezó una oración mentalmente. Luego sintió que se dormía y se notó invadida por una paz infinita.

Crawford respiró profundamente. Al cabo de unos momentos, empujó la mesa con ruedas.
Alitha le aguardaba ya, sumida en un estado de nerviosismo que apenas podía soportar.
—Date prisa, date prisa...
—Sí, querida, todo está preparado ya. Un poco de calma, te lo ruego.
Crawford empezó a trabajar. Diez minutos más tarde, las mejillas de Alitha se colorearon satisfactoriamente.
Transcurrió media hora. Crawford auscultó el pecho de Jean. Hizo un gesto con la cabeza y empezó a desconectar los aparatos.
—¿Cómo te sientes, Alitha? —preguntó.
—Como nueva —rió ella.
—Sigue ahí por el momento. Yo tengo que deshacerme de... Pero antes haré otra cosa. Dijo que había escrito una carta, por si le sucedía algo. La leeré primero y luego la quemaré.
—Está bien, Robur.

Crawford abandonó la estancia. Buscó el bolso de Jean, lo abrió y extrajo un sobre. De pronto, emitió un grito de cólera.
El anverso del sobre mencionaba su nombre. Terriblemente excitado, lo rasgó y extrajo una carta, que desdobló en el acto. Inmediatamente, empezó a leer:

> «Doctor, cuando lea esta carta, yo ya habré muerto. Sé quién es usted y lo que ha hecho, pero usted debe saber quién soy yo realmente.
>
> »Mi nombre no es Miller, sino Fenneth y soy hermana de Molly, a la que asesinó usted, para comprar con su sangre la vida de la señora Sinclair. Ahora, ella tiene mi sangre, pero aún debe saber más cosas. En este sobre le incluyo algunos análisis que me fueron hechos meses atrás por el doctor Lowe, eminente hematólogo, y su equipo. Creo que no es preciso añadir más, excepto que toda mi sangre corre ahora por las venas de esa compradora de vidas humanas que es Alitha Sinclair.
>
> »Lo que he hecho no es venganza, sino tratar de evitar que se cometan más crímenes. Puesto que ya no puedo vivir mucho más, espero, al menos que mi muer- te sea útil para otros.
>
> »Desde el más allá, saludos, doctor Crawford.

»J

F

Los ojos del hombre amenazaron con salirse de sus órbitas. En su habitación, Alitha lanzó un grito:
—¡Robur! ¿Por qué tardas tanto?

Intrigada y también presintiendo algo horrible, se sentó en la cama. Crawford apareció momentos después, con unos papeles en la mano y una expresión de espanto y furia en su rostro.
—¿Robur?
Crawford señaló con la cabeza el cuerpo inanimado de Jean.
—Estaba incurablemente enferma... Iba a morir en pocas semanas, acaso días... *¡Su sangre corre ahora por tus venas, Alitha!*
Ella exhaló un horroroso chillido. Quiso gritarle al hombre que mentía, pero se dio cuenta de que él le había dicho la verdad.
—Tienes que curarme, —clamó—. Busca a otra mujer... Quiero vivir... ¡Quiero vivir, Robur!
—Imposible. Aunque hiciera de nuevo otra transfusión total, parte de los virus de Jean quedarían en tu organismo.
Repentinamente, Alitha saltó de la cama, con el aspecto de una furia mitológica.
—Me buscarás otra mujer que me dé su sangre. Tienes que hacerlo, Robur... ¡Tienes que hacerlo!
Crawford meneó la cabeza.
—Repito que es imposible —contestó.
Ella se quedó como paralizada por el asombro. De repente echó a correr hacia su mesilla de noche y sacó un arma.
—Por última vez, Robur...
—Ya no hay dinero en este mundo para conseguir tu curación
—respondió él. Alitha enloqueció. Apretó el gatillo. Crawford se tambaleo.
Ella disparó de nuevo.
Crawford cayó de espaldas.
Extrañamente, sonreía.
—La pesadilla... ha acabado.
Dobló la cabeza a un lado y se quedó quieto.
Entonces, Alitha se arrojó sobre su cuerpo, con el ímpetu de una fiera hambrienta.

* * *

Cuando abrían la puerta, oyeron los estampidos.
—Dios mío. ¿qué pasa aquí? —exclamó Audrey. Shearer alargó la mano.
—Dame tu revólver —pidió.
Ella obedeció sin protestar. Con el arma en la mano, Shearer avanzó hacia el lugar donde habían sonado las detonaciones.
El suelo vibró repentinamente. Audrey se alarmó.
—Norman, salgamos de aquí...

—Espera un poco.
Shearer corrió hacia una puerta y la abrió de golpe. Entonces vio una escena que le hizo lanzar una exclamación de horror.
Había una mesa con ruedas, sobre la cual se veía un cuerpo inmóvil. Shearer reconoció inmediatamente las dulces facciones de Jean.
En el suelo se veían esparcidos algunos papeles. Crawford yacía en el centro de la estancia, con el cuerpo lleno de sangre. Alitha estaba sobre él, con la boca pegada al pecho. Unos extraños sonidos brotaban de su garganta y Shearer sintió que se le erizaban los cabellos al comprender la verdad.
Alitha levantó un poro la cabeza. Su boca y su mentón estaban manchados de rojo. Sonreía espantosamente.
—Debo vivir... Es la única forma de seguir con vida
Y de nuevo, bruscamente, aplicó su boca a una de las heridas
que había en el cuerpo de Crawford.
El suelo volvió a temblar. Shearer se dio cuenta de que algo estaba a punto de ocurrir. Agarró los papeles y se los guardó en el bolsillo. Luego quiso tirar de Alitha, pero ella se aferró con todas sus fuer zas al cadáver del médico.
—¡Norman, vámonos de aquí! —gritó Audrey.
El joven se convenció de que no había fuerza humana capaz de hacer entrar en razón a Alitha. Y, pensó, quizá era lo mejor.
Echó a correr. Audrey le aguardaba nerviosamente en la puerta.
—Esto se hunde, Norman —gritó.
Shearer asintió, recordando la profecía hecha por Elsa meses atrás. Agarrando la mano de la muchacha, corrió fuera de la casa. Audrey, precavida, había conservado la linterna. Horribles crujidos sacudían el suelo. Los charcos de barro líquido vomitaban a lo alto tremendos chorros de material hirviente. En algunos de ellos se veían incluso resplandores de las llamas que atravesaban el manantial.
Shearer y la joven corrieron hasta hallarse en lugar seguro. Entonces se volvieron y contemplaron un espectáculo asombroso.
Los ruidos cesaron casi por completo y los manantiales se calmaron. En lo alto de aquella siniestra loma, la casa seguía viéndose, con las luces encendidas.
De pronto, la casa empezó a hundirse, casi en silencio con unos tenues silbidos de acompañamiento. Lentamente al principio, con mayor rapidez después, se sumergió en las entrañas de la tierra, como si fuese un gran trasatlántico con el casco perforado.
La casa desapareció al fin y en su lugar se vio solamente un gran resplandor rojizo que emanaba de las profundidades de la tierra. Pero, a los pocos momentos, el resplandor empezó a perder

intensidad hasta extinguirse por completo.
Volvió la oscuridad. Audrey, estremecida, apoyó su cabeza en el pecho del joven.
—Norman, creo que no olvidaré esto mientras viva sollozó.
Shearer asintió, mientras pasaba un brazo por los hombros de la joven y procuraba calmarla.
—Aunque no lo creas, nos esforzaremos por olvidarlo —contestó—, Y acabaremos por conseguirlo.
Ella guardó silencio unos momentos. Shearer acarició con la mano los papeles que había hallado en el suelo de la estancia donde se había producido el final de la tragedia. En uno de ellos había podido reconocer la letra de Jean. Allí encontraría la explicación de lo que les faltaba por saber. —Audrey, será mejor que regresemos —propuso.
—Sí, Norman.
—Jean murió allí. Hizo una profecía. Seguramente, acertará.
—Sí, seguramente —convino Audrey—. Pero aún es pronto...
—Claro, no tenemos prisa.
Caminaron lentamente, alejándose de aquel mundo de horror, de aquel siniestro mercado donde, con dinero, se habían comprado vidas humanas, para salvar la de una mujer que no había reparado en métodos con tal de conservar su existencia.
Todo había pasado ya, suspiró. Luego pensó que debía procurar que Audrey recobrase su ánimo.
—Estoy a punto de terminar mi trabajo —manifestó—. Pero ¿recuerdas que te dije que hay otra profesión que me gustaría más? Entonces, no quise decírtelo por... timidez. —Y ahora sí, supongo.
—Sí. Audrey, lo que a mí me gustaría ser de verdad es maquinista del ferrocarril. Es mi sueño dorado desde que era un niño.
—Norman, no irás a decirme ahora que vas a ir a una escuela para ferroviarios...
—Hice algunas prácticas añas atrás, durante unas vacaciones. No me costaría demasiado.
—Pero yo no te lo permitiré —exclamó ella.
—¿Por qué?
—Hombre, un maquinista de tren pasa horas y horas fuera de su casa, días enteros, noches completas...
—Claro, lo exige la profesión.
—Entonces, si abandonas tus trabajos... yo tendré que decir que no se cumplirán los deseos de Jean.
Shearer ocultó una sonrisa. Audrey empezaba a recuperarse.
—Oh, no, en tal caso, desistiré de mis ideas —contestó.
—Cómprate un ferrocarril en miniatura —aconsejó ella.

—No es mala idea. Pero lo dejaremos para más adelante.

Shearer se volvió. Smoky Hill estaba cubierta por una espesa nube de gases.

—Ahora debemos empezar a olvidar —añadió.

F
I
N